

La Ilustración Artística

AÑO XV

← BARCELONA 30 DE MARZO DE 1896 →

NÚM. 744



VISITA PIADOSA, cuadro de E. Limmer

ADVERTENCIA

Con el número último hemos repartido á nuestros suscriptores el tomo de la *Biblioteca Universal*, el primero de la serie de 1896, que es la preciosa novela de la popular escritora alemana Eugenia Marlitt, titulada *La princesita de los brezos* é ilustrada con profusión de grabados y cromos.

Aquellos de nuestros suscriptores que no lo hubiesen recibido pueden reclamarlo de los repartidores ó de nuestros corresponsales.

SUMARIO

Texto. — *Semana Santa*, por Emilia Pardo Bazán. — *La Vicaría*, por R. Balsa de la Vega. — *Una Semana Santa de hace dos siglos (Avisos de la corte)*, por Angel R. Chaves. — *La Semana Santa en su aspecto estético*, por Pedro de Madrazo. — *La última Cena*, por E. Almonacid, presbítero. — *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea* con noticias de *Teatros y Necrología*.

Grabados. — *Visita piadosa*, cuadro de E. Limmer. — *La Vicaría*, cuadro de Fortuny. — *Retrato de Fortuny*. — *Domingo de Ramos en Sevilla*, composición y dibujo de J. García Ramos. — *El Jueves Santo en Toledo*, composición y dibujo de Vicente Cutanda. — *La última Cena*, copia del celebrado cuadro de Gebhard Fugel. — *El célebre pintor alemán Gebhard Fugel*. — *La guerra de Cuba. Un puesto avanzado en San José de las Lajas. Defensores del pueblo de Santa María del Rosario, en el ataque del día 9 de Febrero último. El capitán don José Unión y Chacón y grupo de voluntarios á sus órdenes*, dos grabados. — *La señorita Elsa Tobin*, que se ha distinguido por su entusiasmo patriótico al recibir en la Habana á las tropas expedicionarias. — *La Tierra Santa. Vista de Nazareth* (tomada de una fotografía).

SEMANA SANTA

Los que tienen el mal gusto de pasarse en Madrid estos días señaladísimos entre todos los del año, no encuentran ninguna iglesia cuyas dimensiones, cuyo decorado y cuya majestad levanten el ánimo á la contemplación. Los templos matritenses son en general feos y reducidos, y carecen de esas artísticas maravillas que en las grandes catedrales españolas realzan el esplendor del culto é infunden religiosidad y mueven á contrición.

No soy, sin embargo, partidaria del viaje á Sevilla. Esta es la excursión de los que quieren pasarse y divertirse, no de los que anhelan recogerse y sentir hondamente la inmortal leyenda de la Redención. Al disponer la maleta para Sevilla, se piensa en la feria, en las seguidillas bailadas por piecitos andaluces, en el olor de los azahares y de las rosas, en los toros, en las carreras, en todo menos en las ceremonias de la austera Semana. A Sevilla va la *high life*, para volver á encontrarse allí juntos los mismos y las mismas que se reunían habitualmente en Madrid. Sevilla es lujosa y alegre, y su Semana Santa me recuerda, no sé por qué, un primoroso objeto de arte que tuve ocasión de ver en cierta colección y que no he olvidado jamás. Consistía en un crucifijo de admirable escultura, que al jugar un resorte se convertía en puñal agudo y brillante. La Semana Santa de Sevilla, con sus espléndidas é interminables procesiones, con sus Pasos y sus Nazarenos y sus Vírgenes y sus cofradías y sus melancólicas saetas, y á la vuelta de todo ello su feria regocijada y sus danzas sensuales y moriscas, y sus lances de amores y honor, evoca en mí la idea de ese crucifijo-puñal.

Las Semanas Santas graves y recogidas las encontraréis en Toledo, en Alcalá, en Sigüenza, en Santiago de Compostela, en Salamanca; en todas las ciudades donde, sobre el árbol añoso y venerado de la tradición, no ha prendido el injerto de la diversión á la moderna. Llegaréis á cualquiera de esos simpáticos pueblos viejos, y desde el primer instante comprenderéis que su centro, que su corazón es la catedral. Todavía, como en la Edad Media, las augustas bóvedas del gran templo dan sombra, calor y abrigo á la población y á sus habitantes. No es hora ya de que sirvan de baluarte y fortaleza á los defensores de la ciudad, si el sarraceno ó el francés la asaltan; pero moralmente, la catedral protege aún á los fieles, y les aguarda adornada, resplandeciente, cariñosa. Ya ven sus retablos esculpidos los fúnebres paños que hablan del espanto y terror del mundo cuando su Redentor expiraba en la cruz; ya se ostentan por claustros y bóvedas los tapices flamencos y las banderas y estandartes cogidos al enemigo en gloriosas batallas; ya se columpie el enorme incensario despidiendo chorros de humo aromático; ya el órgano solloce, ya eleve al cielo una melodía de esperanza y

triumfo..., la catedral tiene siempre voces que nos llaman, formas para el sentimiento que no sabríamos expresar, y es verdaderamente la *Domus aurea*, el palacio de todos, la idea más democrática y más inspirada en la igualdad y la justicia que han conocido los siglos.

Los palacios que hoy se construyen y enriquecen con toda la magnificencia de las artes decorativas y suntuarias, sólo los ve el pueblo cuando el pobre artesano, ganándose su jornal, emploma el cinc en el tejado altísimo, ó ajusta el tarugo de fina madera al pavimento de mosaico. Si el artesano no va llamado para trabajos de su oficio, jamás traspasará aquellos umbrales. Las residencias de los monarcas están cerradas hasta para la clase media y para parte de la nobleza, y sólo la grandeza penetra allí. Las mismas casas particulares no son accesibles para mucha gente, y las costumbres hacen gradualmente más rigurosa la consigna del aislamiento. Obra de arte que adquiere un particular, catadla perdida para el goce y la cultura del pueblo. Tal vez por eso el pueblo es cada día más indiferente al arte.

¿Y los museos?, decís. Los museos son las necrópolis del objeto de arte: cada sala, triple hilera de nichos. Recordad, cerrando los ojos, la impresión de un museo y la de una catedral, y comparadlas. En la catedral la obra de arte ocupa su sitio y tiene su razón de ser. El camarín tallado se hizo para la efigie milagrosa, y los trajes de rico tisú, las ajorcas cinceladas de gótica labor, los broches con el águila de rubíes, los mantos historiados, las coronas de argentería, forman el guardarropa y guardajoyas de la Virgen. Los sitialos de gran relieve, los facistolos de bronce, ¡qué hermoso conjunto presentan en el coro, y qué pena causa ver alguna de las soberbias sillas en una casa moderna, y considerar el destrozo que supone la desaparición de esos coros tan majestuosos, tan episcopales, tan seductores para el pincel del artista! Las varjas, cerrando misteriosamente las capillas ó desarrollando sus filigranas de hierro ante los altares, decoran de admirable modo el recinto; y la piedra, los mármoles, las maderas preciosas, la plata, el oro, la pintura, la orfebrería, uniéndose para embellecer y adornar á la catedral como á desposada en el día de sus nupcias, dan por resultado esa sinfonía incomparable de arte, que admira sin fatigar, que atrae sin deslumbrar, que penetra dulcemente, insensiblemente, por los sentidos y por el corazón, y causa, en vez del horrible calambre y de la neurosis aguda de los museos, un delicioso estado de plácido ensueño y de beatitud espiritual... En los palacios de Cristo; en las bellas catedrales españolas, las más engalanadas, que no tienen rival en el mundo, el complemento del espectáculo religioso es el pueblo. Humildes labriegos, vestidos con sus trajes regionales, arrodillados en primera línea, lo más cerca posible del altar mayor, prontos á besar el anillo del obispo cuando pase, nos dicen que allí es la mansión de la igualdad, que en la catedral á nadie se excluye, que para todos, y acaso más para los desheredados y los miserables, se acumularon maravillas, por espacio de siglos, en la *casa dorada* de Dios...

Este goce repito que no puede disfrutarlo el pueblo de Madrid. No es seguro que los hoy vivos duremos lo bastante para ver concluida la catedral dedicada á Nuestra Señora de la Almudena, y que por ahora no ha rebasado mucho de la cripta subterránea. Y cuando esa basílica moderna esté concluida y abierta al culto sin que falte ni la cuerda de una campana ni el roquete de un monaguillo, ya se notará la diferencia entre la *intimidación* de las catedrales viejas y la sequedad y el frío de las nuevas. En templos y en aristocracia no caben innovaciones; lo que da elaborado el tiempo es lo único que vale y sirve.

En Madrid la Semana Santa sólo ofrece una particularidad característica: que no circulan coches durante los dos días de Jueves y Viernes Santo. Ya se comprende cuánto se modifica el aspecto de la población quedándose á pie. Un silencio provinciano adormece las calles más bulliciosas y las que, no entarugadas aún, resuenan constantemente como yunques de fragua, al batir de los sonoros cascos y al estrépito de las ruedas. Los cocheros y los lacayos se pasan el año pensando en esos dos días de libertad y de reposo, que les compensan el ambiente helado de las largas esperas en las inmediaciones del teatro Real, el aburrimiento á las puertas de las casas donde se celebra la *soirée* ó el baile, las vueltas y más vueltas por el Retiro, la tarea de todo el año, sin domingos ni fiestas de guardar — porque el domingo es precisamente cuando más zarandeados suelen andar los coches. — ¡Dos días de asueto! ¡Dos días en que, si los señores quieren salir, lo harán como los demás mortales, á pata galana, pisando el duro adoquinado y rompiendo zapatitos!

Pues hasta contra la venerable costumbre de no enganchar el Jueves y Viernes se ha formado una corriente de oposición. Hay quien clama porque las comunicaciones no se interrumpen, alegando los negocios, las enfermedades, mil cosas que exigen circulación de tranvías y de carruajes. En cuanto á la mantilla y al traje negro y á la visita de estaciones y al paseo después, no es posible desconocer que tampoco prosperan. Temo que llegue á caer en desuso tan graciosa y típica costumbre. En los primeros años que siguieron á la Revolución de Septiembre, era sacramental vestirse de color, con mantilla blanca ó negra y fino calzado, el primer día, el Jueves; y de negro, con mantilla negra, el Viernes, bajando á lucir las galas á la Carrera de San Jerónimo y al Salón del Prado. La originalidad y el encanto de ese paseo, bajo un cielo azul y purísimo entre los primeros efluvios primaverales, con la provocativa gracia del tocado español, que ya tan raras veces puede verse y que hermozeaba hasta á las feas, era, es verdad, lo más contrario á las ideas de austero recogimiento que la Semana Santa debe infundir, pero á nadie escandalizaba, puesto que se apoyaba en la tradición, que todo lo cohonestaba y hasta lo santifica. Se salía á la calle á ver mujeres, á sorprender el pie, á admirar el quiebro de las cinturas..., y ningún predicador lo censuraba, ni las bellas que eran ocasión de estos distraimientos y devaneos de carácter profano creían que su conciencia las obligaba á ocultar, como las limeñas, el fuego de sus ojos y la gallardía de su cuerpo bajo un manto amplio y encubridor. Así como se prepara el traje blanco ó rosa para el baile de Carnaval, se preparaba y cosía y estudiaba el negro de seda, quizás más incitante, para los días de Semana Santa...

Repito que esta costumbre desaparece. No diré que no salgan algunas niñas luciendo negras galas; no diré que no se vea alguna que otra mantilla de blanca; pero la mayor parte de las señoras se viste modestamente, oye los oficios temprano y se retira á su casa á almorzar, prefiriendo visitar las Estaciones por la tarde, sin aparato, sin dejar el sencillo atavío que las permite pasar inadvertidas entre la muchedumbre devota.

Los oficios á que concurre gente más escogida son los de las Ordenes militares. Hay en estos oficios esa atmósfera de evocación del pasado que conviene á las ceremonias religiosas. Por un instante los mantos blancos, los airosos birretes, las rojas cruces, la indumentaria arcaica de los caballeros causan una ilusión medioeval, algo que se parece á la que nos produce un drama romántico, *El Trovador* ó *Los Amantes de Teruel*. Veis desfilar, con solemne paso, á los mismos que días antes os hablaron alegremente el lenguaje de la sociedad actual, y os cuesta trabajo creer que son ellos, que no estamos en el siglo xvii. Aparte de estas ceremonias de la Semana Santa, el resto del año ni recordáis que existen las Ordenes militares, las de historia gloriosísima, las que fueron terror de los moros. Otro prestigio desvanecido, estas Ordenes militares tan artísticas y tan castizas, que sus recuerdos están escritos en las piedras de los más orgullosos castillos, en los blasones de las casas más ilustres. Hoy son únicamente honroso pretexto para ostentar un uniforme y arrastrar un manto, pues ya las Ordenes militares no guerrean, ni poseen los privilegios y fueros con que antaño se enorgullecían. Y sin embargo, reducidas á su estado actual, sujetas á la ley común, despojadas de su finalidad histórica, aún son bellas las Ordenes militares; todavía el recuerdo las dora, como dora el sol, al ponerse, un paisaje espléndido.

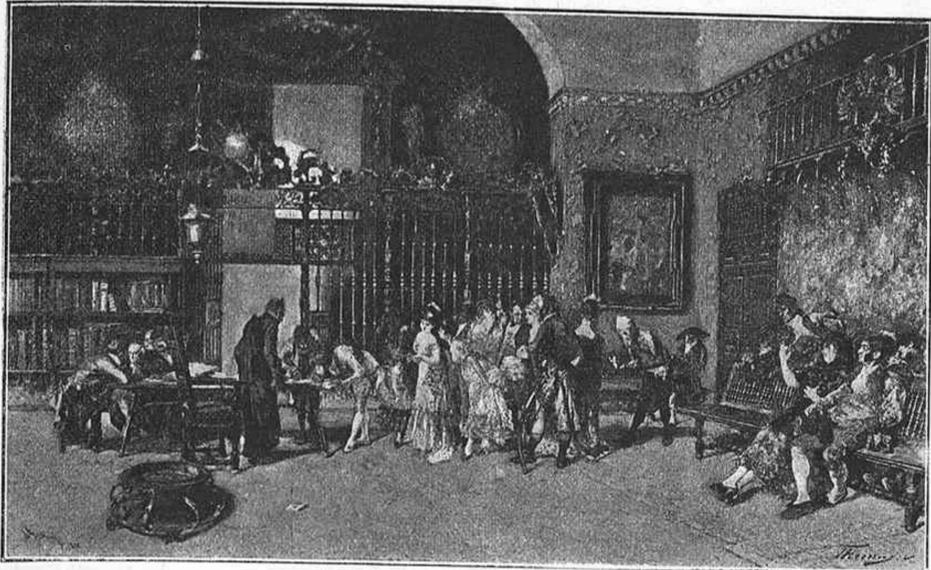
De lo que no es fácil decir cosa alguna es de las procesiones madrileñas. Cualquier ciudad de provincia lleva en esto ventaja á la corte. No hablemos de Sevilla: Toledo basta. Una procesión en las calles de Toledo es cosa digna de que la describan y la pinten. En Madrid las contadas y mezquinas procesiones deberían suprimirse, pues ni edifican ni conmueven. Si quieren aprender lo que es una procesión *estética*, sin lujo alguno, hasta casi sin imágenes, vean la de la Soledad, en mi pueblo natal. Es una procesión en que no figura sino la Virgen, envuelta en luengos paños de luto. Una sola espada, aguda y reluciente, se pone en su afligido corazón. Sobre el pecho se cruzan sus manos delicadas y amarillas, como reprimiendo la ola de lágrimas que quiere desbordarse. Es conmovedora esa imagen pobremente vestida, sin bordados, sin joyas, sin más que dos gotas de llanto que al desprenderse brillan á la luz de los cirios.

La procesión recorre la ciudad de noche y en silencio... y lleva en sí toda la elegiaca y sobrehumana poesía de la Semana dolorosa.

EMILIA PARDO BAZÁN



Fortuny



LA VICARÍA

30 de marzo de 1870

Célebre cuadro pintado por Mariano Fortuny

En este día fué expuesto en la casa Goupil, de París, el celeberrimo lienzo conocido por *La Vicaría*, que Fortuny comenzara á pintar en 1869.

El génesis de este cuadro de pequeñas dimensiones, pues las figuras no alcanzan á veinte centímetros, revela claramente cuán distinta es la realidad vista por el vulgo y vista á través de un temperamento de artista; y revela asimismo cómo el ambiente artístico en que el artista se mueve, tuerce y trastruca á las veces la visión de la realidad y su sentimiento. Para que lo dicho se justifique de un modo terminante, es preciso conocer un poco de la historia del cuadro de Fortuny á que me refiero.

No todos los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saben que en Madrid existe una calle que se llama de la Pasa. Hállase emplazada esta vía en el Madrid antiguo, desembocando en la famosa plaza de Puerta Cerrada y en la plazuela del Conde de Miranda. Realmente, por ese lado todavía ofrece hoy la villa y corte, y en el año de 1869, en que Fortuny se vió obligado á conocerla, mucho más, cierto carácter del Madrid del pasado siglo, con sus palacios de ancho portal con balcón central voladizo y escudo de armas, con sus iglesias de aspecto triste, desnudas de todo pecado de lujo arquitectónico, y sus casas de adobes y anchas rejas, con puertas de cuarterones pintadas de color azul claro y al temple. Esto en cuenta para venir luego en conocimiento de interesante detalle de los que debieron concurrir á dar especialísimo carácter al cuadro del célebre pintor reusense, sigo mi relato.

En la citada calle de la Pasa y hacia el centro de ella, hay un semipalacio que á cien leguas trasciende á morada que debieron haber habitado caballeros de peluca con polvos de almidón y zapato con hebilla, y damas de corpiño de raso, con la cintura debajo de los brazos y el escote dos dedos más arriba de la cintura. En ese semipalacio está instalada hace más de medio siglo la Vicaría, y Fortuny hizo varias visitas á dicha oficina con motivo de su casamiento con la hija de D. Federico Madrazo.

Que de esas visitas surgió en el genial pintor la idea de pintar un cuadro que representara el momento en que firman los novios los capítulos matrimoniales, no cabe duda alguna; pues además de asegurarlo así algún biógrafo del gran artista reusense, yo he podido ver varios apuntes de éste, tomados del natural y hechos con lápiz, mientras esperaba en las salas de la Vicaría el despacho de su expediente de matrimonio.

Pero ya dentro de la casa-vicaría, nada trae á la memoria el siglo pasado ni los comienzos de éste. Todo es allí vulgar, desde los empleados, seglares en su mayor parte, que visten la burguesa americana y los oficinescos manguitos de sarga negra, hasta los muebles, consistentes en sillas de las llamadas de Vitoria, mesas de pino pintadas y anaqueles de pino también, cargados de papelotes y legajos. Y la gente..., un abigarrado conjunto de blusas, de chaquetas, de pañuelos mantones, de levitas y de sombreros con plumas y lazos de colorines que apenas se advierten, gracias á la menguada luz que hay en aquellas oficinas. Mas con todo esto, Fortuny tan sólo tuvo en cuenta el acto de la ceremonia; y su genio, apreciando y observando en las distintas gentes que desfilaban ante él por las salas del semipalacio de la calle de la Pasa los distintos afectos que las embargaban, pudo componer *in mente* el cuadro que debía darle fama imperecedera; pero trasladando la acción á otros días, en los cuales la indumentaria y la decorativa y aun las costumbres se prestasen al lucimiento de su riquísima paleta.

El primer boceto, según me refirió más de una vez el pintor catalán Sans y Cabot, director del Museo Nacional por la fecha del segundo viaje de Fortuny á Madrid, era bastante distinto en su disposición del cuadro que conocemos. No figuraban toreros, y sí gentes del pueblo, con sus capas y sombreros redondos; ni el lugar de la escena era suntuoso, ni existía aquella verja que es copia de la de la catedral de Granada. El boceto así dispuesto lo llevó á Roma. En esta ciudad comenzó Fortuny el cuadro, y en los primeros días de julio de 1869 se trasladó á París, y allí continuó la obra. Mas ya en París, el ambiente frívolo y elegante de aquella capital, la brillante sociedad de artistas y *amateurs* que le rodeaba, el gusto y el sentido franceses respecto de nuestras costumbres, y por otro lado las exigencias de un mercado que transige con todas las falsedades imaginables mejor que con la verdad, especialmente si ésta no allega á los sentidos algo que le halague y satisfaga, fueron motivo en gran parte á obligar á Fortuny para que variase por completo su cuadro, aderezándolo, como dice el malogrado Yxart, al gusto de los franceses, y acomodándole hasta cierto punto á la opinión convencional que tienen formada de España. He aquí por qué al comienzo de esta *efeméride*, como la historia de este cuadro revela, digo que el ambiente en que se mueve el artista tuerce y trastruca á las veces la visión estética y artística de la realidad y su sentimiento.

Por lo demás, *La Vicaría* será siempre una obra inmortal. Podrá Fortuny, mirado á la luz de una crítica justa y desapasionada, descender algunos escalones del lugar en que le colocó la fama; pero por su cuadro citado habrá de mirársele y considerársele como pintor originalísimo, como observador profundo de la naturaleza humana, como maestro en el tecnicismo y verdadero revolucionario de la paleta. Todas estas condiciones atesora el cuadro *La Vicaría*. Salvo la incongruencia de los trajes de los toreros y lo del demandadero de las *ánimas* y la de algún otro personaje y accesorio, en esta obra primorosa figuran

las clases más típicas de la España del siglo pasado; así que bien pudo decir Gauthier que «era un boceto de Goya retocado por Meissonier.»

Aun cuando muy sabida la anécdota que voy á referir, sin embargo, por la calidad histórica de estos artículos creo deber mío recogerla. Sabido es que Fortuny, gran amigo del autor de *La retirada de Rusia*, terminó *La Vicaría* en el taller del célebre artista francés. Hallábase una mañana Fortuny luchando con la torpeza del modelo que le servía para pintar la figura del militar que forma en la comitiva, cuando Meissonier, incomodado con aquel hombre que no sentía el personaje, le manda retirarse, y vistiéndose el largo levitón verde y las botas de montar y ciñéndose el corvo sable, se colocó en posición y estuvo inmóvil durante largas horas delante de Fortuny. Como de costumbre, acudían visitantes al taller del insigne pintor; pero al verle inmóvil y silencioso, ocupado en prestar á su amigo aquel servicio, íbanse sentando, sin atreverse á dirigirle la palabra; mas uno, menos escrupuloso, avanza hacia Meissonier y comienza á hablarle de un asunto. Meissonier, sin mover siquiera la cabeza, corta la palabra al importuno, diciéndole: *Excusez-moi: je pose pour M. Fortuny.*

Otro incidente concluyó de poner el sello á la admiración que por Fortuny sentían sus amigos de París. Cuenta el barón Davillier, que casi en punto de terminar *La Vicaría*, observó el artista que hacia la parte superior de la tabla (el cuadro está pintado en tabla) se ahuecaba la pintura. Inmediatamente comprendió que aquello obedecía á la existencia de una polilla. Sin vacilación de ningún género clavó en el lugar sospechoso un buril y pudo cerciorarse de que era verdad su presunción; pero que no se limitaba á sólo aquel punto el daño, sino que en línea recta bajaba el rastro hasta el centro del grupo principal. Con exquisita habilidad y con asombro de Meissonier y de otros artistas, Fortuny cortó el trozo dañado, y acoplado otro nuevo restauró de tal modo la pintura, que ni aun los que presenciaron la amputación pudieron luego reconocer el lugar de ella.

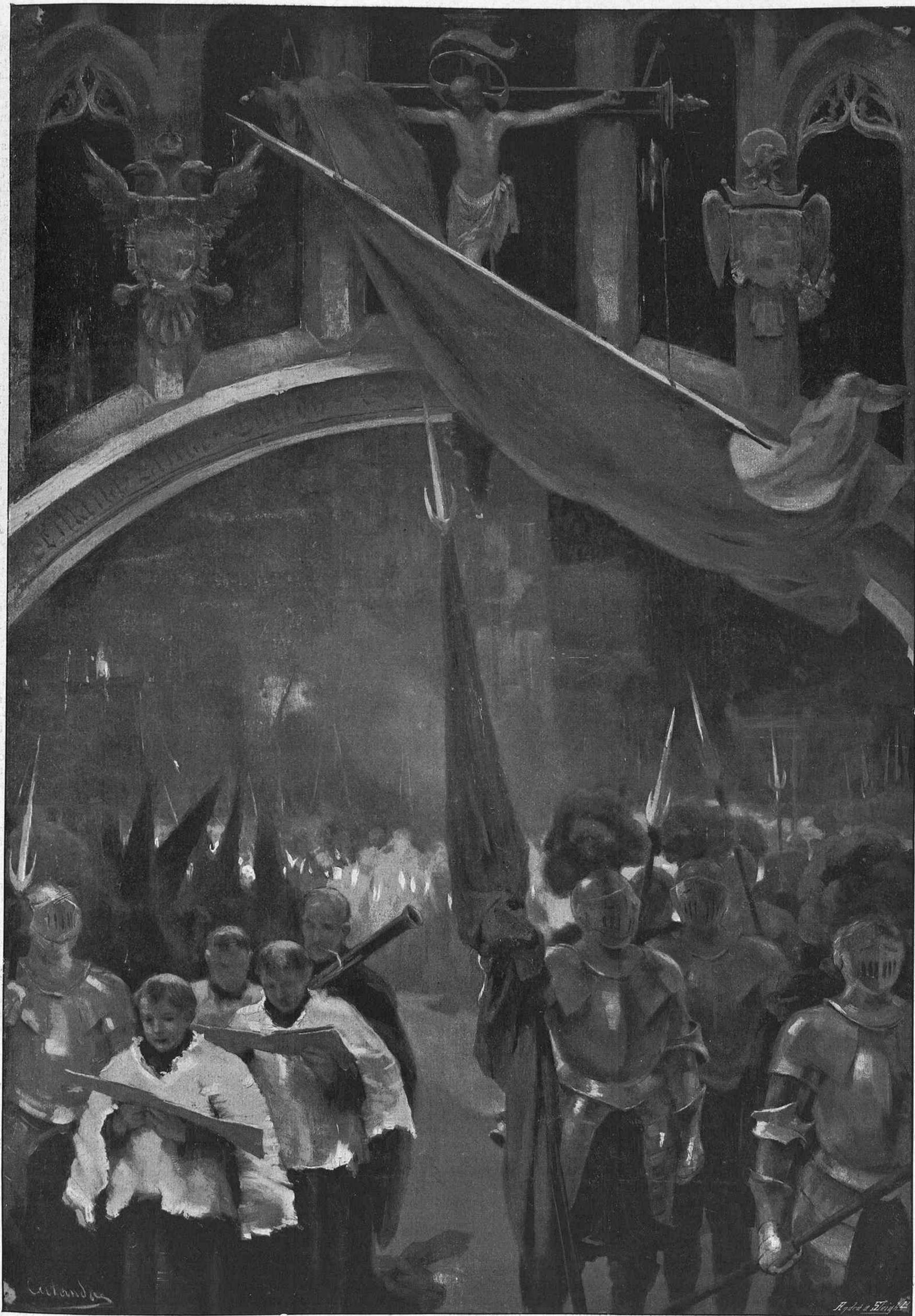
Expúsose este cuadro en la *Maison Goupil* el día 30 de marzo de 1870, según refiere la revista *L'Art*. La admiración, la explosión de entusiasmo que produjo en el mundo artístico fué inmensa. Los principales críticos parisienses dedicaronle profundos estudios y artículos encomiásticos. Entonces fué cuando Gauthier escribió lo siguiente: «Esta pintura tiene toda la pureza y frescura de tono de un apunte y el acabado de una obra maestra de las más preciosas. Al lado de trozos tratados con sin igual franqueza, se advierten detalles de una finura extraordinaria. La idea más justa que se puede dar de esta tela (!) singular, es la de que parece un boceto de Goya retocado por Meissonier.»

En *La Vicaría*, como en otros cuadros de Fortuny, aun cuando, como observa el malogrado Yxart, no se vea en la generalidad de ellos el *asunto*, bien sea dramático, cómico, picaresco ó sentimental, sin embargo, existe algo como una sonrisilla burlona, casi epigramática, que si no brota á sabiendas de la intención, se revela inconscientemente: véase, si no, en *La Vicaría*. El novio viste traje de color de lila, la no-



DOMINGO DE RAMOS
EN
Sevilla.

Composición y dibujo de J. García Ramos



EL JUEVES SANTO EN TOLEDO, composición y dibujo de Vicente Cutanda.

via mostrando amplio escote, que hoy sería considerado como *incorrecto*, especialmente en una desposada jovencita, se desnuda con remilgos de coqueta el guante; el escribano eclesiástico es un tipo altamente cómico, con sus gafas en la punta de las narices y su gorro negro con borlita; la mamá, de muy buen ver, gimotea, y la arrogante moza que se ve entre el grupo donde figura el militar, lanza provocativa mirada al buen mozo, ciñéndose con tal brío la estrecha falda de *medio paso*, que se le dibujan admirablemente desde el vientre y los muslos hasta la punta del breve pie. Y no digamos de aquel matrimonio de la clase baja, en que hace de marido un viejo verde, vestido de colorines, y de desposada una manola hermosa de rompe y rasga, con su falda amarilla y sus blondas, que ríe, mientras extiende las torneadas piernas para montar un pie sobre otro, las chanzas que le dice aquel chispero joven que aparece detrás de ella mirando con insolencia á la comitiva señorial.

Comprado este cuadro por Goupil en 70 000 francos, fué adquirido más tarde por una dama galante que figurara durante bastantes años como íntima amiga de Napoleón III y de un célebre diplomático. Hoy la obra maestra de Fortuny pertenece á los herederos de dicha dama.

R. Balsa de la Vega

UNA SEMANA SANTA DE HACE DOS SIGLOS

(AVISOS DE LA CORTE)

De Madrid, jueves, 3 de abril

Espléndido se ha mostrado el sol en este día, que á no dudarlo el padre de la luz estaba ganoso de presenciar el boato que ha desplegado el rey más galán y fastuoso del orbe para solemnizar el mayor de los misterios de nuestra sacrosanta religión.

Después del retiro que, llevado de su mucha piedad, se había impuesto recluyéndose con su augusta familia desde el viernes á los reales aposentos de San Jerónimo, en la tarde de ayer miércoles hizo su entrada en la corte el rey nuestro señor, con gran contentamiento de sus vasallos, que viendo en su gallarda persona el más firme sustento de esta vasta monarquía, no pierden ocasión de mostrarle su amor y de hacerle ver la alta estima en que tienen sus prendas.

De este júbilo dícese que no han participado en tanta medida los reverendos de Atocha, que contando con que á su casa asistirían SS. MM. á las tinieblas, se han creído desairados con la preferencia que el monarca dió por esta vez al templo real de la Almudena, que tal vez por su mayor proximidad al Alcázar fué el elegido.

En él era tal la aglomeración de gentes, que al abrir las guardas calle á las reales personas, hubo no escaso número de heridos, y no pocos fieles fueron á dar con sus huesos en la cárcel de corte, acusados de haber tenido más listas las manos para registrar faltriqueras que los ojos para admirar las galas de que se había adornado el templo.

No fué, sin embargo, esto, que por ser moneda corriente en nadie causó asombro, lo que aguló la fiesta. Otro incidente, que por haber sido muy comentado no se ha de pasar en silencio, fué lo que hizo que terminara desabrida y punto menos que solitaria una solemnidad religiosa que comenzó tan animada y concurrida.

Poco después del primer salmo, la reina nuestra señora sufrió un desvanecimiento que casi la privó de sentido, y aunque su religiosidad nunca desmentida, una vez desvanecido el sopor, la hiciera instar á todos á permanecer en la iglesia, siquiera hasta la terminación del comenzado nocturno, el rey, galante siempre, la acompañó al Alcázar, de donde ya no volvieron á salir.

Los más dieron por causa al incidente el sofocante calor producido por las luces, y aun hubo quien tuvo el síncope por venturoso nuncio de nueva sucesión; pero como en parte alguna faltan lenguas maldicientes, éstas dieron otra significación al lance.

Sabida es la costumbre que tienen los lindos al uso de hacer en este día obsequio á sus damas de matracas de ricas maderas embutidas de oro, plata, marfil y otras materias preciosas con que armar ruido en los templos. El rey, á fuer de galán, había hecho á su augusta esposa presente de una de estas máquinatas, verdadera joya, en que por haber puesto mano los más renombrados plateros recién venidos de Italia, parecía no poder tener rival en el mundo; y esta circunstancia había llenado de legítimo orgullo á la que con él comparte la soberanía de estos vastos reinos.

Dícese, sin embargo, que el contento de tan augusta señora se vió turbado desde el momento mismo en que penetró en el templo, por ver que muy cerca de su estrado tenía almohada cierta dama á

quien es fama que el gran Philipo galantea, no por cierto con desabrida fortuna. Sin embargo, casi es seguro que habría disimulado su enojo, á no haber reparado que la susodicha, con descoco inaudito y con objeto manifiesto de hacer más público lo que para nadie es secreto, mostraba en la mano una matraca que, por ser de mayores primores que la de nuestra soberana, harto claro revelaba la alteza de su origen.

La reina entonces, sin ser dueña de sí, hizo menudas piezas la suya, y acudiendo copiosas lágrimas á sus ojos, se vió tomada del desmayo de que ya se hizo mérito.

De esto será lo que quiera. El rey es mozo y galán, y aunque la suerte le unió con quien á nadie cede ni en virtud ni hermosura, la juventud es indómita, y más fácil es vencer luteranos y hugonotes que domar los fieros de una sangre bullidora é inquieta.

El hecho es, que si tormenta hubo, los primeros albores del día la disiparon, y hoy jueves ambos monarcas han asistido á los Divinos Oficios al convento de Descalzas Reales, donde no se ha sabido que admirar más, si los armoniosos sonos de una orquesta digna en todo de los oídos que la escuchaban, ó la artificiosa traza del monumento con que las alcurniadas madres han logrado hacer la más bella apariencia del sublime misterio que hoy se conmemora.

Los reyes, terminado el Oficio, fueron obsequiados con un agasajo en que, sin quebrar los preceptos del ayuno, pudieron paladear las delicadas garapiñas y las sabrosas aguas de limón, canela y bergamota, que tan alta nombradía de hábiles reposteras ha dado á las religiosas. Su Majestad mostró tal pena por no hacer brecha en las salsillas de mermeladas y jaleas que se ofrecían á sus ojos, que la superiora prometió que en la mesa de hoy correría á cargo del convento toda la parte de la confitura, y que nuevos regalos al paladar podría ofrecer si los augustos huéspedes honraban el *sarao á lo divino* con que la comunidad ha de festejar el Domingo de la Resurrección.

El rey, no sólo aceptó con su cortesanía habitual el ofrecimiento, sino que se comprometió á ser pareja de la superiora en la *zarabanda mística* con que se rompiera el baile.

Con esto, y después de admirar los ricos tapices y reposteros con que se había engalanado el claustro bajo, salieron SS. MM. del monasterio para asistir en el Alcázar al *Lavatorio*, donde fueron agasajados largamente los doce pobres elegidos, entre los que el rey distinguió con palabras de afecto á un antiguo alférez de los tercios viejos, que después de servir desde los tiempos del Sr. D. Felipe el segundo, lisiado de un tiro de arcabuz, pide hoy limosna en las gradas de la Victoria.

Por la tarde, después de oído el *Sermón del Mandato* en la Real Capilla, salió la corte con pública ostentación á visitar los sagrarios, siendo tal el lujo que en su atavío y servidumbre desplegó el conde-duque que, aunque el rey iba bizarro en extremo, vestido de leonado con aforros de color perla y rancias y sobrepuestos de plata pasada, hubo de decir con sin par donaire á uno de sus sumilleres:

— La mitad por lo menos de los memoriales que se recojan los proveerá de su bolsillo Olivares; que por lo visto anda con más holgura su casa que la mía.

La carrera no se señaló por incidente alguno notable, puesto que aunque en dos ó tres ocasiones la ostentosa comitiva estuvo á punto de verse rota por las oleadas de la plebe puesta en confusión, á tal incidente, repetido todos los años, no dan valor sino las gentes sobrado espantadizas. Cierto es que por irreverente pudiera pasar que los puestos de bebidas y golosinas obstruyan la puerta de los templos y den ocasión á que las destemplanzas de la embriaguez turben el recogimiento devoto que el día pide; pero la costumbre es costumbre, y hay que respetarla en evitación de mayores males.

Más de lamentar fué otro suceso que, llenando de consternación el ánimo de S. M., hizo que se retirase á su real morada antes de ponerse el sol.

Cuando se dirigía á Santo Domingo, que este año se ha visto concurrido como nunca por estrenar monumento, regalo del señor inquisidor general y traza del sevillano Diego Velázquez de Silva, gran bulto de gente que salía precipitadamente de la iglesia gritando: «¡Profanación, profanación!» detuvo el paso de S. M., quien buscando refugio en las casas que habita un hijo del conde de Fuentes, mandó persona que se informara de lo ocurrido en el templo.

Esto, á lo que de público se decía, fué como sigue: A cierto consejero de Portugal, hombre de tan alta prosapia como entrado en años, hale ocurrido ha poco tiempo la idea de dar su ya sarmentosa mano á cierta doncella á quien, no por lo que parece perdiendo su tiempo, recuestaba de amores un mayorazgo más sobrado de mala fama que de buena ha-

cienda. El mozo no debió quedar satisfecho con gozar á medias lo que por entero pretendía, y hoy, aprovechando la confusión del mucho gentío y sin respeto á la santidad del lugar, arrebató á la esposa del brazo del propio marido y se dirigió desde cerca del presbiterio á la puerta de la iglesia, ganoso sin duda de poner en cobro su presa.

Esto hubiera conseguido si algunos criados del consejero, más avisados que su amo, viendo el juego no hubieran querido cortar el paso, no sólo dando descompuestas voces, sino poniendo mano á las dagas. Al mozo no debía faltarle tampoco quien le guardara las espaldas, puesto que en breve espacio, donde todo era antes recogimiento y oraciones, sólo se escuchaban votos y porvidas mezclados al chocar de espadas y á los lamentos de los no pocos heridos que con su sangre manchaban las losas de la Casa del Señor.

Más de media hora tardó en ponerse remate al tumulto, cayendo, no sin trabajo, en manos de la justicia los causantes de él. Dícese que el templo se cerrará hasta que sea de nuevo purificado y que los culpables pagarán en la horca su delito. Dios nuestro señor sobre todo.

El rey ha tomado tal pena del suceso, que hay quien pretende que excusará su presencia en los balcones del Alcázar al paso de la *Procesión del Santo Entierro* que, como es uso, saldrá mañana. Aunque esto suceda, no por ello se verá menos concurrida la carrera, que sastré hay que lleva ya velando más de tres semanas por terminar ropillas y saboyanas que han de lucirse en el tránsito, y damas y galanes no renunciarán á ser vistos en día de tanta gala, suceda lo que suceda.

De todo informaré más por menudo en otra estafeta; que como es fácil que vengan tiempos en que la herética pravedad traiga consigo el descreimiento, bueno es que documentos escritos muestren á las generaciones venideras cuánta es la piedad de este siglo, que ha de ser citado para gloria nuestra, si no como espejo de buenas costumbres, como dechado de intachable fe y de sincera religiosidad.

ANGEL R. CHAVES

LA SEMANA SANTA

EN SU ASPECTO ESTÉTICO

Que en las solemnidades religiosas de la Semana Santa quepa una parte muy principal al Arte, es cosa que sólo pueden negar las almas vulgares, que no penetrando en el sentido íntimo de lo que el culto cristiano ostenta en estos días de tan bien ordenados ritos, únicamente ven en ellos un tradicional espectáculo en ocho mortales jornadas, más ó menos desfigurado por la rutina, la negligencia y aun á veces por la poca dignidad de los actores. Bien sé que están muy distantes de pasar por gente *del montón*, como se dice ahora, muchos que ampliamente dotados de privilegiadas facultades intelectuales, niegan sin embargo el interés estético de la semana consagrada por la Iglesia desde los tiempos apostólicos á honrar los misterios de la Pasión y Muerte de Jesucristo, y á recordarlos á los fieles por medio de los oficios y ceremonias al efecto establecidos; pero éstos para mí sólo son *vulgo provisional é interino*, porque si no carecen de buena fe, en cuanto se les presente la ocasión de considerar detenidamente esos oficios y ceremonias y de iniciarse en la significación de sus símbolos y misterios, de seguro mudarán de parecer.

Si, gran interés estético, gran copia de bellezas de concepto y de forma, literaria y artísticamente consideradas, ofrece la Semana Santa á toda alma dotada de delicados sentimientos y de cierta elevación de ideas. No las apreciamos porque las vemos generalmente mal presentadas, y nos sucede con ellas lo que con una hermosa colección de cuadros abandonada al polvo y las telarañas en un desván de mala luz, ó con una soberbia tragedia leída por un niño tartamudo. Desde nuestra infancia estamos viendo esos oficios enteramente desfigurados, celebrados por virtuosos, pero muy indulgentes párrocos, que aunque inmunes á nuestros ojos por su sagrada investidura, son reos de lesa estética por el descuido con que miran lo que atañe á la posible perfección de la forma, dentro de lo humano, en cuanto se refiere á la adecuada decoración del templo, al mobiliario sagrado, á la indumentaria de los ministros — preste celebrante, diácono y subdiácono — turiferarios, acólitos, cantores, músicos; á la compostura y pulcritud, y hasta al paso mesurado y semblante sereno de cuantos toman parte en tan augustas ceremonias, vigilando particularmente por que no falten nunca la debida decencia en las personas y la regularidad y precisión en todos los actos de la sagrada liturgia.

Nadie es capaz de prever los efectos que á la larga pueden producir en el corazón y en las ideas de una criatura sensible, que abre por primera vez los ojos al mundo de la realidad; de una tierna educanda, por ejemplo, recién salida de un colegio de religiosas timoratas y pulcras, el espectáculo de un oficio de Domingo de Ramos cantado en una pobre y destaralada iglesia por un cura ordinario que lanza berridos de sochantre hiposo, con la cara sin afeitarse, la cabeza llena de remolinos de pelo, las manos con las uñas de luto y las yemas de caoba, la capa pluvial medio caída por detrás descubriendo en el cogote un palmo de alba sucia, y los zapatos despellejados. Cuando ese cura dice la antifona: *Rociame, oh señor, con hisopo, y seré limpio; lávame, y quedará más blanco que la nieve, una voz secreta, tal vez la de algún diablillo retozón y maligno, murmura al oído de la tierna doncellita: ¡buena falta le hace!*

¡Ah! Si yo fuera rey absoluto de un pequeño Estado muy homogéneo y muy culto, como, por ejemplo, la Baviera de cuarenta años atrás; si pudiera yo disponer de auxiliares como los que tuvo incondicionalmente á sus órdenes el rey Luis I, bajo cuyo sabio protectorado tanto florecieron las artes, ¡qué oficios de Semana Santa se celebrarían en mis dominios! Ya me dirían entonces los indiferentes á la estética del culto católico si puede haber ó no grandes bellezas en esos oficios que ellos de buen grado mandarían suprimir por anticuados. En primer lugar, tendría yo una catedral, no como las de León, Burgos, Toledo y Sevilla, excesivamente lóbregas y excesivamente grandes para mi propósito de erigir un escenario adecuado en que poner de manifiesto con toda claridad hasta las más pequeñas peripecias y accidentes de la divina epopeya de la Pasión y Muerte del Redentor. Mi catedral sería recogida y luminosa, de estilo italiano, como la iglesia de San Luis de Munich ó como la basílica de San Clemente de Roma, pero toda decorada con pinturas al fresco ó con mosaicos ejecutados por los más insignes artistas. Los altares, los ambones, el mobiliario del presbiterio, del coro y de la nave; las vestiduras sacerdotales, todo había de ser del más exquisito gusto: objetos de mármol, bronce ó madera, de mala forma, paño que formase malos pliegues, no se verían en mi iglesia. Ni celebrarían en ella clérigos de mala catadura, porque los ministros del altar, el preste, el diácono, el subdiácono, cuantos intervienen en los sagrados oficios, incluso los cantores, los sacristanes, los monaguillos, etc., serían por mí escrupulosamente escogidos, de manera que entre ellos no hubiese uno solo de aspecto desagradable. La música sería exclusivamente de órgano ó de instrumentos de cuerda; trompas y clarines y demás instrumentos bélicos no entrarían en mi iglesia, como tampoco admitiría entre los cantores y coristas voces de soprano ni de becero. Así lo que se canta como lo que se dice en tono de rezo, había de acentuarse y de articularse con la perfección debida, sin atropello ni farfulla, para que el pueblo todo lo percibiese clara y distintamente.

Y no ganaría solamente la estética del culto en que éste se celebrara de una manera digna y adecuada, sino que los mismos misterios que en la Samana Santa conmemora la Iglesia adquirirían entre el pueblo una significación y una importancia de que hoy carecen con gran perjuicio suyo. Porque las enseñanzas que se desprenden de las oraciones, salmos, profecías, lecciones, cánticos y pasajes de los Evangelios que en estos días santos se rezan ó se entonan, son para él enteramente perdidas, y los sublimes dogmas (sin cuya fe no hay salvación) figurados en las ceremonias simbólicas que en estos días se recuerdan, son arca cerrada para los entendimientos á quienes no se consiente percibir con claridad las explicaciones que dan de ellos los sagrados textos, relatados precipitadamente y sin sentido.

Hay que tener presente que las enseñanzas que estos días nos da la Iglesia de Jesucristo son más fáciles de aprender cuanto más se apartan de las sugerencias propias de la naturaleza humana. No es maravilla hacer un poema que captive la atención y gane la voluntad, con la vida de un héroe en quien, á medida que se acumulan los triunfos, crecen la gloria y la fortuna; pero es superior á la razón del hombre que exista una divina epopeya en la cual el héroe vaya al triunfo y á la gloria por el camino de la abnegación, de la humildad, del propio sacrificio, del oprobio y de la ignominia, y sin embargo esta es la epopeya de Cristo: esta la sublime enseñanza de una doctrina nunca revelada al hombre en los tiempos antiguos, y por lo mismo tan contraria á las naturales sugerencias y tendencias y tan difícil de aprender.

Esta hermosa y divina epopeya comienza con la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, montado en un jumentillo, símbolo de la humildad, que ha de ser el alma de los triunfos del cristiano. ¡Qué conmo-

vedora sencillez la de las oraciones que se dicen durante la bendición de los ramos! «¡Oh Dios!, que reunes lo que está disperso y reunido lo conservas, que bendeciste á los pueblos que salieron con ramos á recibir á Jesús: bendice también estos ramos de palma y de olivo que tus siervos reciben fielmente en honor de tu nombre, para que consigan tu bendición los habitantes de cualquier lugar en donde fueren colocados, y ahuyentada toda adversidad, proteja tu diestra á los que redimió Jesucristo.»

«¡Oh Dios!, que mandaste á la paloma anunciar la paz á la tierra con un ramo de olivo: suplicámoste que te dignes santificar con tu bendición celestial estos ramos para que sirvan á la salvación de todo tu pueblo.»

Los oficios del Lunes y Martes Santos son un vivo y tierno compendio de la Pasión y una continua exhortación á los fieles á no gloriarse sino en la Cruz. El día en que propiamente empieza el gran duelo de la Iglesia es el Miércoles Santo, porque en él se congregaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos y magistrados para deliberar sobre los medios de prender á Jesucristo, y en él se decretó su muerte. Recuerda la Iglesia la mansedumbre de Jesús y cómo se entregó al sacrificio por el linaje humano, recitando la lección de Isaías (cap. III): «fué herido por causa de nuestras iniquidades y macerado por nuestras maldades... Como oveja que llevan á la muerte, del mismo modo será conducido; como cordero delante del esquilador, enmudecerá y no abrirá su boca.» El Jueves Santo fué en todos los tiempos uno de los días más solemnes de la Iglesia á causa de los grandes misterios que en él se obraron. *Día de los misterios* le llamaban los griegos y los demás pueblos del Oriente. En sus ceremonias se compendian: la humildad de Jesucristo, en el *Lavatorio de los pies*; su amor incomparable, en la institución del Sacramento de la *Eucaristía*; la primera oblación de Jesús en aras de este amor, en la *Oración del huerto* y su sangrienta agonía; su voluntario sacrificio, en el *Prendimiento*. Los salmos que se cantan en este día son de una belleza incomparable, y en la traducción del *Cántico de Moisés*, tomado del cap. XV del *Exodo*, se han ejercitado las plumas de nuestros más grandes poetas. Superiores á todo elogio son por otro lado, considerados como trozos, ya de tierna, ya de alta é inspirada poesía, el himno *Pange lingua*, con que el Santísimo es depositado en el Monumento; el *Magnificat* que se canta en las Vísperas, y ese hermoso vuelo del corazón, abierto á la más dulce esperanza, que lleva el nombre de *Cántico de Simeón*.

Sería interminable nuestra tarea si hubiéramos de reseñar todas las bellezas de forma y de concepto atesoradas en las augustas ceremonias que siguen á las del Jueves Santo hasta el día de la gloriosa resurrección del Señor. Muy frío de imaginación ha de ser quien oiga sin estremecimientos las tres lecciones de los capítulos II y III de las *Lamentaciones de Jeremías* con que comienzan los maitines del Viernes Santo, y quien no sienta la grandeza del *Cántico de Habacuc*: «Dios vendrá del Austro, y el santo del monte Farán. — Su gloria cubrió los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. — Su resplandor será como la luz, y todo el poder estará en sus manos. — Allí está la fortaleza: delante de él irá la muerte. — Delante de sus pies saldrá huyendo el diablo: paróse Dios y midió la tierra. — Miró y deshizo las gentes, y los montes del siglo fueron reducidos á polvo. — Los collados del mundo se encorvaron por los caminos de su eternidad, etc.»

Sólo quien tenga el corazón de piedra podrá oír impasible los *Improperios* que luego se cantan mientras se hace la Adoración de la Cruz: «Pueblo mío, ¿qué te hice ó en qué te contristé? Respóndeme. Porque te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una cruz para tu Salvador. — Porque te llevé cuarenta años por el desierto, te alimenté con el maná y te entré en una tierra muy buena, tú preparaste una cruz á tu Salvador. — ¿Qué más debí hacer por ti que no lo hiciese? Te planté como viña mía de cepas excelentes, y tú no has tenido para mí sino amargura, pues en mi sed me diste á beber vinagre y con una lanza abriste el costado de tu Salvador, etc.»

No podemos, por falta de tiempo, ocuparnos en otras manifestaciones estéticas de grande importancia que nos suministran los oficios de Viernes y Sábado Santos y del Domingo de Pascua, cuales son: el Santo Entierro; los *Pasos* que se sacan en procesión en muchas de nuestras ciudades; la admirable regeneración del mundo por el espíritu, figurada en la solemne bendición del fuego y del agua, y los cánticos con que se celebra la gloriosa Resurrección de Cristo y su triunfo del pecado y de la muerte. En otra ocasión quizá las expondremos.

PEDRO DE MADRAZO

LA ÚLTIMA CENA

En uno de aquellos lúcidos momentos en que J. J. Rousseau solía rendir homenaje á las virtudes y á las mismas verdades que sin cesar combatía con la más horrible impudencia, dejó brotar de su corazón y escapar de su pluma, en favor de Jesucristo y del Evangelio, este magnífico testimonio, esta apología brillante tan generalmente conocida: «Yo os lo confieso, la sublimidad de las Sagradas Escrituras me encanta; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán pequeños son al lado de éste! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez, sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia traza, no sea más que un hombre?... ¿Y deberemos decir que la historia del Evangelio es inventada por capricho? Amigo mío, no es así como se inventa... Sería aún más incomprensible suponer que muchos hombres se pusieron de acuerdo para componer ese libro, que admitir que *uno solo* haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran encontrado jamás un hombre semejante, ni una moral parecida; y el Evangelio tiene unos caracteres tan grandes, tan maravillosos y tan inimitables, que el inventor de ese libro sería un personaje todavía más grande que su héroe (1).»

Al leer esas sagradas páginas, demostración rigurosa, imponente é irrefragable de la humanidad y divinidad de Jesucristo, conmueves el ánimo profundamente. Entre ellas ¿cuáles con más elocuencia hablan al espíritu y al corazón, que aquellas que nos refieren la última Cena de Jesús con sus Apóstoles? ¡Qué escenas más admirables! ¡Qué enseñanzas más sublimes! ¡Qué ejemplos más persuasivos!

El Evangelista San Juan, el amado discípulo, que entonces tuvo la dicha de reclinar su cabeza en el amante pecho de su Divino Maestro, arranca de su corazón, para comenzar la narración de los sucesos de esa noche sin igual, esta incomparable frase: *Habiendo (Jesús) amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (2). Al meditar los capítulos XIII, XIV, XV y XVI de su Evangelio, siéntese el hombre pequeño y mezquino ante tanta grandeza, tanta humildad, tanto amor, tanta magnificencia y tanta dulzura.

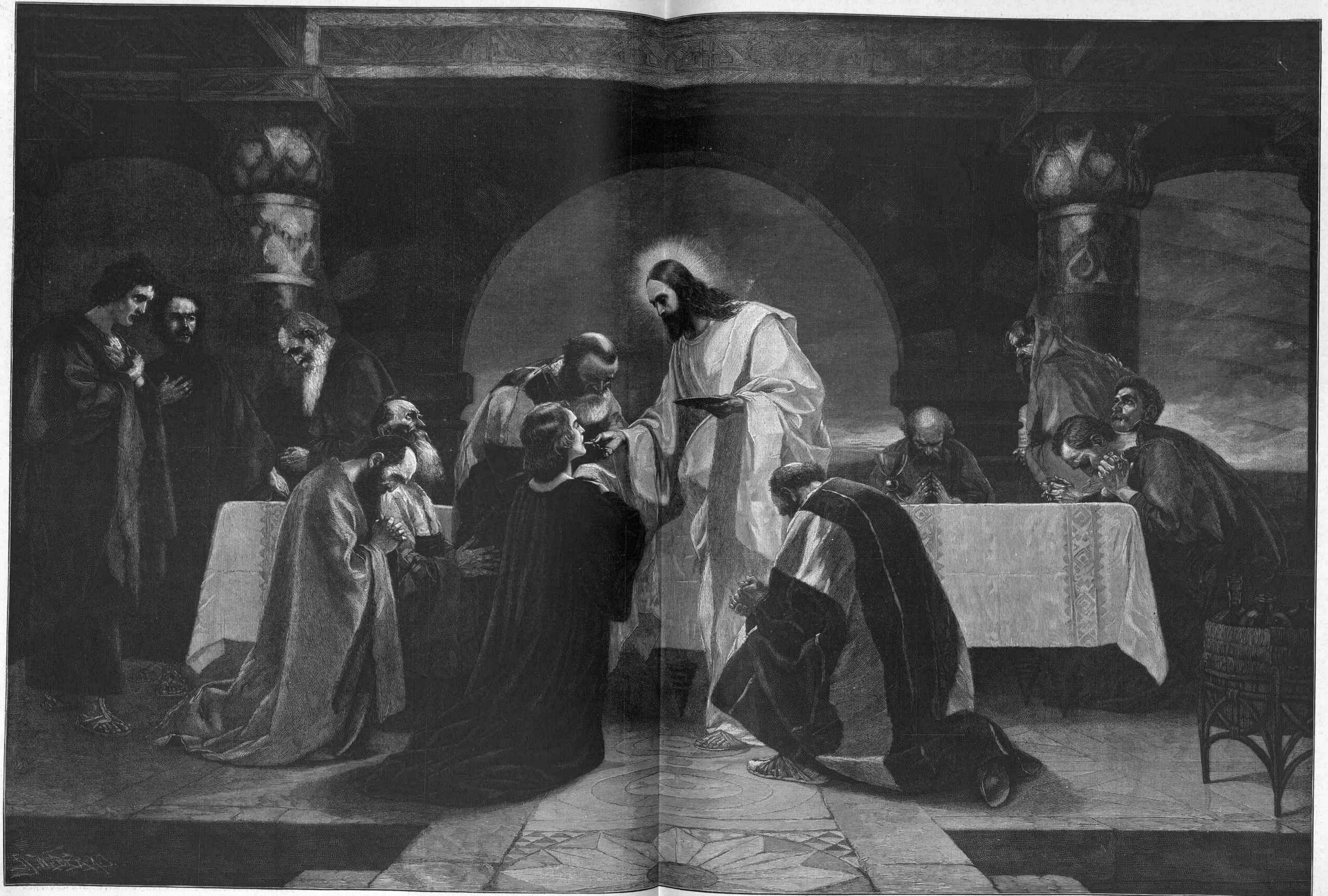
No nos detengamos en aquella escena en que el Verbo Creador del universo, el Unigénito del Padre, Sabiduría eterna, se arrodilla ante sus discípulos, toscos y rudos pescadores de Galilea, para lavarles los pies; se los enjuga con la toalla, que antes se había ceñido, y... se los besa. ¡Humildad asombrosa! Escuchemos y guardemos en el fondo de nuestros corazones aquellas admirables palabras: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y bien decís: porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies; también vosotros debéis lavar los pies, los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis* (3). Detengámonos, sólo un instante, para escuchar la queja dulcísima, el ternísimo lamento, el suspiro doloroso, el hondo gemido de Jesucristo al exclamar: *En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará* (4); y meditemos aquella incomparable enseñanza: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado* (5).

Oigamos á Jesucristo prodigando sus consuelos, al decirles: *No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí... Yo soy el camino, la verdad y la vida... Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré... Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que more con vosotros... No os dejará huérfanos; vendrá á vosotros* (6); y recojamos con la más profunda gratitud aquella efusión de amor que brota ardiente del corazón del Hombre-Dios: *DESIDERIO DESIDERAVI... Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca* (7).

Así ya dispuestos, contemplemos las maravillas de la Omnipotencia, de la Sabiduría y de la Caridad de Dios, viendo como *tomó Jesús el pan, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO. Y tomando el cáliz, dió gracias y se le dió, diciendo: BEBED DE ESTE TODOS. PORQUE ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE SERÁ DERRAMADA POR MUCHOS PARA REMISIÓN DE LOS PECADOS* (8).

¡Ah! Quién tuviera el corazón y la inteligencia del Dr. Angélico para cantar las grandezas del misterio que las anteriores palabras de Jesucristo encierran, misterio en aquella noche instituido y realizado, y como aquél exclamar: «¡Alaba á tu Salvador, ¡oh

(1) Emile, tomo III, lib. 4.º — (2) Evang. S. Joan., c. XIII, v. 1.º — (3) Ib. v. 12 al 15. — (4) Ib. v. 21. — (5) Ib. v. 34. — (6) Ib. c. XIV, v. 1, 6, 13, 16 y 18. — (7) Evang. San Luc., c. XXII, v. 15. — (8) Evang. S. Math., c. XXVI, v. 26, 27 y 28.



LA ÚLTIMA CENA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE GEBHARD FUGEL

Sión!, alaba con himnos y cánticos al que es tu guía y tu Pastor; no temas; alienta, atrévete tanto, cuanto puedas; que nunca alabarás bastante al que es mayor que toda alabanza! (9). ¡Canta, lengua, el misterio del glorioso cuerpo y de la sangre preciosa, que para el rescate del mundo derrama el Rey de las gentes, fruto del seno más puro y castísimo! (10). Unanse los más suaves gozos á las solemnidades sagradas, y de lo íntimo de los corazones resuenen los elogios. Desaparezca lo antiguo, sea nuevo todo, los corazones, las voces y las obras (11).»

Así expresaba Santo Tomás de Aquino sus sentimientos, al considerar la institución del Sacramento y Sacrificio Eucarístico realizada por Jesucristo en la noche de su última Cena. Sólo el santo que mereció que el mismo Dios de la Eucaristía le dijese *Bien has escrito de mí, Tomás*, pudo expresar, como lo hizo en sus himnos, las maravillas de ese misterio del amor divino, en que *El Verbo altísimo, sin dejar su asiento á la diestra del Padre, vino á la tierra, para en los últimos días de su vida corporal consumir su grandiosa obra de la redención del mundo. Vendido por uno de sus Apóstoles, para ser muerto por sus malvados émulos, antes se dió á sus discípulos como manjar de vida. Bajo las especies de pan y de vino les dió su cuerpo y su sangre, para que con doble substancia todo el hombre se alimentase* (12). Verdad es que cuando la fe vive en el alma y el corazón no está empedernido, al leer el relato evangélico siéntese la criatura enajenada de dulce consuelo y transportada de noble gratitud ante esa obra exclusivamente divina. Estudiémosla.

Llegado el día en que el pueblo judío se preparaba á celebrar la Pascua y á comer el cordero en memoria de haber sido libertados los descendientes de Jacob de la dominación de los Faraones egipcios, Jesucristo quiso observar aquella ceremonia de la ley Mosaica, si bien con ánimo y con intención bien diferentes de los que movían á los judíos. Quería ya dar fin á las sombras y símbolos antiguos; y con plena conciencia de su divinidad, de su consubstancialidad con el Padre y de su soberana misión de redimir y santificar á los hombres, escoge aquella ocasión, la más solemne de su vida, la más ansiada de su corazón, para manifestarse como Redentor del linaje humano, disponiéndose á obrar esta redención admirable.

Celebrando la solemnidad de la Pascua iba á cumplir las figuras y profecías, inmolándose, como verdadero cordero de Dios que borra los pecados del mundo, en el mismo lugar y al mismo tiempo en que se sacrificaba el cordero místico; y después de haber terminado la *Cena legal* instituyó la *Cena misteriosa* de su Cuerpo y Sangre. Concluída la primera, *sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y que de Dios había salido, y á Dios iba* (13); esto es, sabiendo que tenía un soberano poder sobre todas las cosas; que había salido de su Padre por generación eterna, y que volvía á Dios, subiendo al cielo para ocupar su trono á la diestra de su Padre; *como hubiese amado á los suyos, los amó hasta al fin*, y manifestó la intensidad y perpetuidad de su afecto para con ellos con repetidas muestras de amor, en aquella misma noche en que, por salvarles, tanto había de padecer. Principió lavándoles los pies, como si quisiera encubrir que Él era el único que podía purificar las manchas de sus almas; instituye luego la Sagrada Eucaristía, dándoles su Cuerpo y su Sangre para memoria perpetua; y termina instruyéndoles en aquella doctrina, que á manera del canto del cisne moribundo, es dulce, suavísima y más amplia que de ordinario. ¡Cuánto más noble es el amor de Jesucristo que el amor del mundo, que tan tarde comienza, tan pronto cesa, y da tan poco!

Jesucristo comprende en su amor que, con su ausencia, la humanidad entera quedará sumergida en la más amarga tristeza y deplorable desgracia; pone al servicio de ese amor la Omnipotencia y la Sabiduría recibidas de su Padre celestial, y obra el prodigio de la *Transubstanciación*, convirtiendo el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre; satisface las necesidades y aspiraciones de la humanidad, permaneciendo con nosotros de un modo misterioso, pero real y verdadero, que le permite quedarse en la tierra en relación íntima con los hombres, y á la vez subir á los cielos, para prepararles el trono, que ocuparán un día, si le son fieles, y para enviarles el Espíritu Santo que les santifique y haga dignos de la gloria. ¡Sublime maravilla! ¡Sacramento de los sacramentos, mis-

terio de los misterios (14), milagro de los milagros, amor de los amores (15), que nos hace poseer á Jesucristo y perpetúa su estancia y su vida entre nosotros!

Muy grande se manifiesta el amor de Dios á los hombres, cuando en el paraíso prohíbe tierna y pa-



EL CÉLEBRE PINTOR ALEMÁN GEBHARD FUGEL, autor del cuadro *La última Cena*, que publicamos en las páginas 248 y 249.

ternalmente á nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal; pero mucho más grande y entrañable se manifestó ese amor cuando á los descendientes de los primeros culpables les sanó con la preciosa triaca de su Cuerpo y de su Sangre. Sentimos en nuestro ser los males que aquel árbol causó á la humanidad entera; aquella fruta, contra el mandato de Dios comida y saboreada, fué tóxico y veneno para nosotros; pero en su última Cena prepara Jesucristo en la Santa Eucaristía eficazísimo antídoto contra ese veneno, y planta en el huerto de su Iglesia el árbol de la vida contra el árbol de la muerte.

En aquella hora suprema da á sus Apóstoles las más claras y expresivas muestras de su amor. Llena su alma de unos pensamientos, y rebotando su corazón en unos afectos que le habían ocupado toda su vida; próximo ya á realizarlos, antes de dar principio á los más sublimes misterios que había de contemplar el mundo, se dirige á los suyos con muestras de particular cariño, diciéndoles: *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros... porque os digo que ya no comeré más de esta Pascua, hasta que sea cumplido el reino de Dios* (16). Y al llegar el instante de cumplir los designios divinos, cuando Jesús va á dejar al mundo su postrera manda y testamento, y al dar á sus discípulos su última despedida, les dará también sus últimas y más sublimes enseñanzas, derramando en sus pechos las más dulces ternuras de su amor, brillan sus ideas con sin igual viveza y levántanse en su corazón nuevos y más encendidos afectos. Abarcando en toda su grandeza el plan de la Providencia Divina para la reparación del hombre, esa reparación que había sido el centro de sus pensamientos, el objetivo de todos sus afectos y el supremo fin de su peregrinación en la tierra, ve al género humano saliendo de la esclavitud culpable á la libertad gloriosa, y disponiéndose á recibir la plenitud de gracias y de misericordias que la generosidad divina le tenía reservadas. Veía surgir un mundo divinamente hermoso y ennoblecido, lavado en la sangre purísima del Hombre-Dios, reconciliado con su soberano Creador y restituído á su esplendor primero y á su primitiva pureza. Enardecida su alma con esta visión, y lleno su pecho del más santo entusiasmo, exclama: *Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará á él en sí mismo, y luego le glorificará* (17).

Entonces es cuando Jesús toma en sus manos uno de los panes que habían quedado en la mesa, levanta sus ojos al cielo, y dando en alta voz gracias á su

Eterno Padre, bendice aquel pan con particular bendición, lo parte en pedazos, y los va dando á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*. Recibieron los Apóstoles el divino manjar que su Divino Maestro les ofrecía, y creyeron lo que Él les decía, y comprendieron enteramente lo que en otra ocasión no habían creído, cuando les anunciaba que la carne del Hijo de Dios era verdadera comida, y pan que sustenta al alma para la vida eterna (18). Aún estaban ellos meditando el misterio soberano que acababa de realizar Jesucristo, cuando Este, tomando en sus manos la copa ó taza que junto á sí tenía, la llena de vino, y después de dar también gracias á Dios, la bendice, y se la da diciendo: *Bebed todos de este cáliz, pues esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos en remisión de los pecados*. Por último, llevando Jesús *hasta el fin* la efusión de su amor, les dice: *Esto que me habéis visto hacer, esto hacédo vosotros en memoria de mí* (19). Y quedaron estas palabras tan grabadas en la mente y en el corazón de los Apóstoles, que la celebración de los santos misterios, que en ellas les encargaba su Redentor, fué tenida por ellos como el mandato más sagrado de cuantos les había dado; y la solemnizaron siempre en sus santas reuniones, firmemente persuadidos de que no sólo honraban así la memoria de su Maestro, sino de que se unían con Él, y ofrecían el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en sacrificio invisible, pero real y verdadero, enteramente acepto á Dios, y perdurable por toda la sucesión de los siglos. ¡Ah! Los Apóstoles recibieron la Sagrada Eucaristía, comieron, bebieron y adoraron, creyendo é inclinándose ante la autoridad y fuerza divina de aquellas palabras de Jesucristo.

En el siglo xv, Fra Benedetto, hermano del dulcísimo pintor Fra Angélico, en uno de los frescos del convento de San Marcos, en Florencia, pintó á Jesucristo que va repartiendo á sus discípulos el pan consagrado, dando la comunión como un sacerdote, queriendo así representar la verdad mística de la narración Evangélica. De igual manera lo representa el pintor alemán contemporáneo Gebhard Fugel en su hermoso cuadro LA ÚLTIMA CENA.

Al visitar en estos días nuestros templos, al prosternarnos ante los Monumentos que la piedad cristiana levanta, como troncos de luz y de esplendor para que en ellos se venera la HOSTIA SACROSANTA, meditemos las maravillas de amor de la Sagrada Eucaristía, y bendigamos y ensalcemos al Hombre-Dios, que en ella vive, y en ella nos da *á comer su Carne y á beber su Sangre*. ¡Qué más puede darnos!

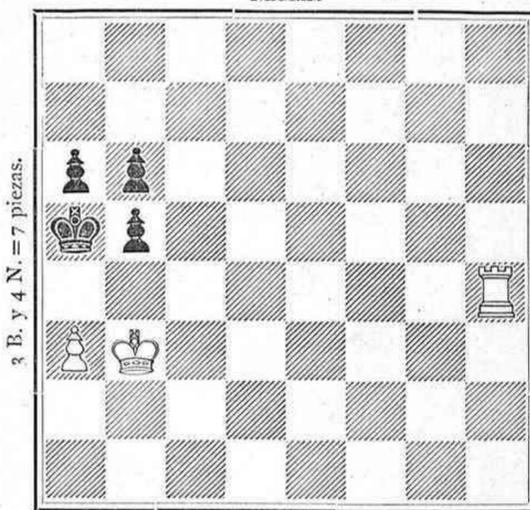
E. ALMONACID, presbítero

Cuenca, marzo de 1896

(18) Ev. S. Joan., c. VI, v. 48 al 59. - (19) Ev. S. Lucas, c. XXII, v. 16.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 12, POR JAVIER MÁRQUEZ
NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 11, POR G. MENÉNDEZ

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D 8 R | 1. P toma T (*) |
| 2. C 5 D jaque | 2. R juega ó T cubre |
| 3. D 4 R ó 5 TR jaque | 3. Cualquiera. |
| 4. D mate. | |

(*) Si las negras juegan 1. C 3 AD ó 4 CD, las blancas continúan con 2. C toma C ó 6AD jaque, 2. R 4 D; 3. C 4 CD jaque, y 4. D ó T mate; - si 1. P 4 CD; 2. C 6 CR jaque, 2. R 4 D; 3. P 4 CD, y 4. C ó T mate; - si 1. P 4 D; 2. C 8 AD jaque, y 3. D mate, - y si 1. T 5 TR; 2. P 4 AR jaque, y 3. T mate. - La amenaza es 2. C 6 CR jaque, 2. R 4 D; 3. T 4 D jaque, y 4. P mate.

(9) S. Thom. Aquin., Himno *Lauda Sion*. - (10) Id. *Pange lingua*. - (11) Id. *Sacris solemniss.* - (12) Id. *Verbum supernum prodiens*. - (13) Ev. S. Joan., c. XIII, v. 3.

(14) San Dion., de *Div. Hier.* - (15) San Bernardo. - (16) Ev. S. Luc., c. XXII, v. 15. - (17) Ev. S. Joan., c. XIII, v. 31 y 32.



Nevin, fuera de sí, trataba de estrechar entre sus brazos á la cantante

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Nada es imposible, exclamó Villeroy con su voz de loco.

— No te hablaré de los compromisos contraídos, que tengo el deber de cumplir. Te diré simplemente que si faltó á ellos deberé pagar una cantidad enorme, fabulosa, que no me hallo en estado de satisfacer, y aunque pudiera no lo haría, porque esto sería la ruina y sería además comprometer mi carrera...

— ¡Ah, tú carrera!..

Villeroy hizo un ademán desdeñoso, como si aquella preocupación de artista fuese una bagatela indigna de tomarla por lo serio.

— Pues sí, Francisco, mi carrera, que me atrae. Ante la firmeza de su esposa, el infeliz se sintió como dominado por una cólera impotente y loca.

— ¿Conque rehusas?, dijo.

— Sí, rehuso.

Villeroy vaciló un instante, y miró á su mujer con los ojos inyectados de sangre; pero Mila sostuvo la mirada sin moverse. Entonces Villeroy precipitóse de un salto fuera de la sala y huyó, como si tuviera miedo de sí mismo.

Mila debía trabajar aquella noche. Mandó á su doncella que la vistiese, entró en escena, y cantó

como de ordinario; tan poderosa es esa segunda naturaleza que en los artistas domina imperiosamente á la verdadera. Sin embargo, no podía olvidar á su esposo. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Cómo le encontraría á su vuelta y qué podrían decirse al volverse á ver?

Cuando regresó á su hotel, notó que había una carta sobre la mesa; y antes de abrirla adivinó lo que debía contener: abrióla al fin y leyó en ella las siguientes lacónicas frases:

«Me marcho, porque no puedo soportar más esta vida infernal. Tú dices que me amas; pero no es así:

lo que tú amas es la vanidad, es el incienso que te embriaga, es tu vida de cómica. Uno de nosotros ama; soy yo; y este amor, que ha penetrado en mi corazón tan profundamente que no puedo arrancarlo, es para mí un suplicio. ¡Adiós! ¡Y pensar que hemos sido felices!..»

XV

Mila conservó siempre un mal recuerdo, triste y amargo, de los días que siguieron a la fuga de su esposo. Estaba hondamente resentida, y humillada también, pues habíase creído del todo necesaria para la felicidad de Villeroy, y éste la abandonaba en un momento de despecho, sin un adiós, sin más que aquellas pocas líneas, expresión de su cólera, escritas en la prisa de la marcha. No le envió el menor aviso de su llegada a Nueva York; el tiempo transcurría, y no llegaba ninguna carta.

Cogida en el torbellino de su vida de artista y de mujer continuamente festejada, Mila trataba de aturdirse y olvidar. Parecía estar muy alegre, ávida de placeres, embriagada por sus triunfos, siempre más lisonjeros; pero aquella alegría, tan sólo exterior, ocultaba una cólera creciente, una herida de su amor propio al lado de la herida profunda del amor a su marido. Mila llegó a ser casi coqueta, admitiendo los obsequios, cuando no los provocaba; y sus amigos, la tía Deborah, que había venido a reunirse con ella, y Roberto Harcourt, sobre todo, la vigilaban inquietos, no sin disgusto.

Wilbur Nevin la seguía por todas partes, y Mila no le rechazaba, sino que se divertía con sus atenciones. El pintor había comenzado por aborrecerla; mas ahora deseábala ardientemente. Hubiera querido, sin embargo, poder desprenderla, hacerla caer de su pedestal, porque en su brutal pasión no había amor alguno y casi tenía algo de odio. Si comprometía a la artista — lo cual procuraba hacer cada día más, — su apariencia de respeto, que todo ocultaba menos respeto, no sentaba mal.

Y en medio de todo aquel ruido, de todo el brillo de su vida artificial, Mila sufría algunas veces accesos de verdadera desesperación; y al fin, no pudiendo resistir más, escribió a Villeroy.

«...¡No es posible! ¡No hay cólera que persista cuando dos se han amado como nosotros!.. Y sin embargo, desde tu marcha, desde tu insensata fuga y tu deserción cruel, ni una palabra me has escrito. Cada día me digo: «Será mañana,» y llega el mañana sin traerme la menor noticia. ¿Qué haces? ¿Dónde estás? Ni siquiera sé si te hallas en Francia, pues tu nombre no figuraba en la lista de los pasajeros del *Gascuña*. Tal vez te has quedado en algún rincón, ó acaso me sigues, tú que eres tan hábil para atormentarme, sin dejarte ver nunca, persuadido de que yo soy feliz y de que olvido, porque sonrío al público y me dejo obsequiar.

»¡Amado mío, si tú supieras!.. Apenas puedo ver las palabras que te escribo, porque mis ojos están llenos de lágrimas. Jamás, enténdelo bien, jamás tu pensamiento se aparta de mí. Tal vez te dirán que estoy alegre, que me río de la mejor gana... Sí, me río, pero es para no llorar. Hasta me dejo hacer la corte; y procuro persuadirme de que el don que te hice de todo mí ser, de mi corazón, de mi alma y de mi persona, no es de despreciar como tú le desprecias. Pero no, yo estoy loca; seguramente tú sufres, como yo sufro también. Has puesto tu ideal a demasiada altura; las cosas inevitables de la vida te parecen crueles, y no has podido soportarlas; pero nada has olvidado, y aún me amas, tal vez más que nunca. Si es así, díme lo; escríbeme una palabra para que no me lacere el corazón, sufriendo mucho, sufriendo hasta el punto de llegar a ser mala...»

Tres semanas más tarde, esta carta fué devuelta a Mila con otras varias. Su correo la seguía, según lo había dispuesto en las localidades que dejaba detrás de sí, y como era natural, recibió la misiva que había dirigido a su esposo. Era evidente, por lo tanto, que Villeroy no había vuelto a su casa.

Por fin, cuando más se desesperaba Mila, recibió una lacónica carta de su esposo, de estilo frío, en la cual decía que se hallaba instalado de nuevo en su antiguo alojamiento, donde trabajaba mucho; que no veía a nadie, excepto al Sr. Macready, a quien encontró casualmente, y que no había podido escribir antes a causa de haber estado bastante enfermo. Un resfriado que cogió a su salida de Chicago, siendo el frío muy riguroso, había degenerado en bronquitis, de la cual se estaba restableciendo.

Mila, resentida del tono seco y helado de aquella carta, no contestó, y limitóse a escribir al Sr. Macready refiriendo todo cuanto había pasado, sin ocultarle su pesar y sus temores para el porvenir.

Y aunque sufriendo a veces cruelmente, Mila se

sentía poseída de nuevo del amor a su país natal. El sello nacional en la naturaleza americana es tan poderoso, que nada le borra por completo; y bajo el barniz del cosmopolitismo, ese sello existe aún: es otra manera de considerar las cosas, es el ardor de la vida, la necesidad de ser activo, y hasta un poco de fiebre, que hace que se dé importancia a las menores bagatelas; es el horror al vacío, cualquiera que sea, que obliga a ocupar todas las horas, a no sacrificar ni un minuto; es también la convicción íntima, que nada debilitará nunca, de la superioridad de una raza joven sobre la que ha envejecido ya. Todo esto hace la fuerza de la nación. Algunas veces, sin embargo, esa seguridad, esa manera de seguir directamente su camino, a riesgo de molestar y aun de hacer daño, irritan los nervios sensibles. Esa actividad devorante, esa necesidad de llenar la vida a trueque de aniquilarla, asombran y desconciertan al observador, y por eso más de una vez Villeroy había dicho a su mujer:

— Siempre te faltará algo, porque no conoces el encanto de la pereza.

Durante su viaje, y en las prolongadas permanencias en las grandes ciudades, Mila no había pensado seguramente en los encantos de la pereza, ni en esas meditaciones a que tenía costumbre de entregarse Villeroy y de las que surgían sus más exquisitas inspiraciones. Mila se lanzaba con una especie de embriaguez a los placeres mundanos, los cuales la importaban poco; pero interesábase igualmente en el trabajo que se hacía a su alrededor, en las asociaciones femeninas, que habían llegado a ser tan frecuentes y poderosas en los Estados Unidos. La tía Deborah, con sus ideas de independencia y de trabajo para las mujeres, se había quedado muy atrás en comparación de Mila; y cuando Villeroy exclamó un día: «En este país todo se hace, no solamente para las mujeres, sino por las mujeres,» no había creído decir tanta verdad como en realidad decía. Mila, a quien su educación primera y los años pasados en Europa habían preparado poco para comprender aquel movimiento tan original como curioso, quedó un poco desconcertada al principio; pero muy pronto se enorgulleció de sus compatriotas, y apasionóse por todas las obras de noble y elevada caridad, así como en las de cultura intelectual.

Lo que más le extrañó fué la facilidad con que aquellas mujeres parecían prescindir de la sociedad masculina.

Muchas no se casaban, y muchas también, aunque casadas y buenas madres de familia, conseguían, gracias a una actividad infatigable, dedicar una parte de su vida a las ocupaciones de un orden más elevado.

Como el buen éxito alcanzado por Wilbur Nevin, en su calidad de retratista, comenzaba a declinar, el joven pintor imaginó despertar la atención languideciente del público por medio de una exposición de sus obras. Un nuevo pintor estaba de moda en aquel momento: en vez de los colores atrevidos que, como todas las excentricidades, habían envejecido pronto, este artista se dedicaba a la pintura de ilusión. Las mujeres a quienes retrataba eran representadas en una perspectiva vaga y lejana y como bosquejándose a través de una espesa bruma, de modo que a menudo no se distinguían más que dos ojos que brillaban en el fondo del gris blanquecino de los vapores, con unas facciones confusas, carnes descoloridas, y una indicación muy vaga del ropaje sin forma. Estos cuadros, por decirlo así soñados, se pagaban a muy subido precio.

Desgraciadamente para Nevin, el retrato de Mila, lo mejor que había hecho en toda su vida, estaba en París; faltaba tiempo para que llegase oportunamente, y como la célebre cantante era el ídolo del público, le suplicó que se dejara retratar de nuevo. Mila rehusó por el pronto rotundamente, porque no podía disponer de una hora para él; mas al fin, como el artista tenía mucha paciencia y sabía insistir hábilmente, consintió en recibirle todos los días, por la tarde, mientras descansaba en su canapé. Por el retrato obtenido así podría hacer después otro de caballete, si lo juzgaba oportuno, que sería una verdadera pintura de género. Mila llevaba en estas sesiones un vestido de casa de color azul muy delicado con adorno de blondas blancas.

Nevin no hubiera podido pedir nada más a su gusto; comenzó a trabajar con ahínco, y entretenía a la diva refiriéndola todas las anécdotas del día.

El retrato estaba casi terminado. Durante la última sesión, Mila escuchaba distraída y vagamente lo que el pintor le decía, pues no gastaba cumplidos con él; y como no tenía ganas de hablar, permanecía recostada en su canapé, silenciosa y meditabunda.

También Nevin dejó de hablar, y adivinando lo que la diva pensaba, se mordió los labios. Pero Mila había recibido sus obsequios, por más que el pintor le fuera del todo indiferente, y de que lo era no po-

día dudar, pues bastábale mirarla para convencerse de ello. A Nevin le parecía, no obstante, tanto más bella y seductora cuanto más desdeñosa se mostraba, y deseábala con mayor ardimiento. Quería obligarla a mirarle y hablarle...

— Ayer recibí una carta de la señora Milner, dijo, y en ella se ocupa mucho de usted...

— ¡Ah!.. Pues la señora Milner parece haber perdido, sin embargo, todo interés por mí desde..., desde hace algunos años, repuso Mila.

— ¡Vamos! ¿Por qué no decir desde su casamiento?

— Bien, desde mi casamiento..., si usted se empeña en ello.

— ¿Me sería permitido dirigirle una pregunta?

— Se permite usted tantas cosas, que una más...

— ¿Recuerda usted que cierto día, después de una de las sesiones que usted me concedió en París, cuando hice su retrato, la princesa Pignacci la condujo al bosque? Pues bien: ¿no trató aquel día de disuadirla de contraer matrimonio?

— Tal vez.

— La princesa profesaba ya mucha simpatía al señor Villeroy, simpatía que aumentó después. En este momento, según lo que he leído entre las líneas de la carta de que he tenido el honor de hablar a usted, á esa simpatía se agrega mucha compasión, y la compasión de las mujeres...

Mila se irguió.

— ¿Qué quiere usted decir?, repuso.

— Dios mío, nada grave. No he de darle yo noticias de su esposo, y usted sabe mejor que yo que en este momento, estando muy triste, como es natural, sufre un fuerte acceso de misticismo religioso. Un músico se hace místico fácilmente cuando no es dado a la voluptuosidad; pero de ordinario concilia ambos sentimientos. El Sr. Villeroy frecuenta las iglesias, y ahora sustituye — como lo sabrá usted seguramente — a uno de sus mejores amigos, organista en la Magdalena, que se halla ausente de París. La princesa, mística también, va todos los domingos a oír las improvisaciones del Sr. Villeroy, y no es ella sola, pues otros protestantes no temen asistir a la misa para tener el gusto de oír al esposo de usted, que parece ser un organista muy notable. A la princesa le conmueve tanto su talento y también las cosas que esa música le dice, que de vez en cuando visita al nuevo organista. Debo apresurarme a decir que va acompañada del excelente amigo de usted, el Sr. Macready, y ellos dos consuelan un pesar del que, según dicen, el Sr. Villeroy se deja consolar fácilmente.

— Sr. Nevin, repuso con frialdad la diva, cuyo corazón, sin embargo, latía con tanta fuerza que le producía malestar, supongo que habrá usted concluido ya su cuadro; estoy cansada, y le ruego que se retire. Las noticias que usted recibe de París me interesan muy poco, a decir verdad. Sé lo que mi esposo hace, y sobre todo lo que piensa, y esto me basta.

Nevin se levantó bruscamente, é inclinándose hacia la diva, cogióle ambas manos, temblando de pasión y más aún de cólera.

— ¡No mienta usted! Su marido no le escribe, ni usted tampoco a él; y el casamiento de ustedes fué desde un principio un error lamentable. No siendo usted de la misma raza, no pueden llegar a entenderse, porque hablan una lengua distinta y se dicen cosas que no comprenden ni uno ni otro. Su marido la deja abandonada porque ya no la ama, si es que alguna vez la amó; mientras que esa mujer de pomposo título le fascina y le seduce. El hombre que la ama a usted realmente, el hombre de quien debió usted ser esposa es el que ahora está a sus plantas...

Nevin, fuera de sí, trataba de estrechar entre sus brazos a la cantante, tan sorprendida y asustada, que durante un momento quedó como sebrecojada de una parálisis. Sólo cuando sintió sobre su boca los labios ardientes del pintor, desahogóse de él bruscamente, estremeciéndose de horror...

— ¡Ah, miserable..., miserable!, exclamó.

No pudo decir más en el primer instante. Con un movimiento maquinal se pasó el pañuelo por la boca como para limpiar una mancha, y retrocediendo hasta la chimenea apoyó en ella los codos y miró al artista, trastornado por la pasión y cuyas facciones parecían convulsas.

— ¡Miserable... porque no me he dejado seducir por las coqueterías de usted!.. Atrévase a negar que se ha complacido en burlarse de mi amor. Para entretener el enojo que le causaba el abandono en que la ha dejado su Francisco, ha creído usted poder divertirse a mis expensas. La broma es seria; la amo, y ha perdido usted la partida.

Mila, sin separar la vista de Nevin, buscó a tientas la campanilla; pero en aquel momento oyó la voz de su primo, que la produjo indecible alivio.

— ¡Roberto!, exclamó vivamente.

El artista, ahogando una maldición, recobró su

presencia de ánimo, ó poco menos. Sí, la partida estaba perdida, mas no era Nevin quien la había ganado.

Cuando Roberto entró, Nevin arreglaba su caja de colores; pero su mano temblaba visiblemente.

En cuanto á Mila, aún estaba muy pálida, con los ojos un poco extraviados; pero tal es la fuerza de las conveniencias sociales, que muy pronto los tres examinaban el pequeño cuadro y decían cosas triviales, pensando en otras que no lo eran.

Al retirarse no ofreció la mano á Mila ni á su primo, como si el lienzo y la caja de colores que se llevaba se lo impidiesen; saludó profundamente á la primera é hizo una señal de cabeza al segundo con cierto aire protector á la vez que insolente.

Roberto cogió la mano de su prima, obligando á ésta á sentarse. Mila lloraba, agitada aún, no teniendo ya necesidad de reprimirse.

— ¿Te ha faltado ese hombre al respeto?, preguntó.

— Sí, Bob, contestó Mila, y en parte yo tengo de ello la culpa. He sido tan desgraciada, que llegué á ser mala, coqueta; y ese hombre pudo engañarse. Yo, que hasta aquí he sabido defenderme tan bien, hace un momento me espanté..., mas luego oí la voz del protector... Solicitabas una ocasión de servirme, añadió Mila sonriendo; pues bien, ahora la tiene mi valeroso caballero.

— Aún no, Mila, porque ese miserable vive aún.

— Escúchame, Roberto. Si ahora provocases al señor Nevin, me causarías grave daño, y por lo tanto, júrame que serás prudente, reflexionando que en ello va mi reputación.

Roberto Harcourt no se dejó convencer sino á duras penas; tal era su deseo de romper su bastón sobre la cabeza del insolente; mas al fin cedió, comprendiendo que un duelo en aquel momento, cuando ya se comenzaba á murmurar de su prima, ocasionaría un verdadero escándalo.

— ¡Ah!, exclamó Mila, cuando hubo referido lo que acababa de ocurrir, ¡cuánto deseo que llegue el término de mi contrata!.. Por fortuna falta poco. ¡Estoy tan persuadida de que Francisco olvidará todos sus rencores y tristezas cuando vuelva á verme!.. Ahora comienzo á envidiar á las mujeres que no son más que mujeres... ¡Debe ser tan bueno eso!

Al día siguiente, en el momento en que Mila se levantaba, presentáronle un telegrama firmado con el nombre de Macready, que decía lo siguiente:

«Villeroy muy enfermo. Venga usted.»

XVI

En la reducida habitación, bajo el tejado, abierta de par en par la gran ventana que daba al terrado, y en un día de prematura primavera, Villeroy miraba á su esposa, que iba y venía de un lado á otro. Recordaba su llegada, aunque vagamente, y lo que parecía extrañarle aquel día era el vestido flotante de su mujer, de lana blanca, que desdecía de la pobreza de aquella habitación de estudiante. Había estado tan débil durante largo tiempo, que nada le llamaba la atención. Vió á Mila al despertar de uno de sus sueños, observó que permanecía allí, y esto le pareció muy natural y también muy dulce. Su esposa le cuidaba, y él la dejaba hacer. Ahora que renacía á la vida, esforzábale para comprender y anudar el presente con el pasado; pero esto era muy difícil, y renunciaba á ello para volver á intentarlo de nuevo.

No se le permitía hablar apenas, pues seis semanas antes había sufrido una violenta hemorragia de los pulmones, que se complicó con una fiebre.

Por lo pronto, prescindiendo de los penosos esfuerzos de la memoria, experimentaba sobre todo un bienestar físico indefinidamente dulce y una alegría infantil cuando un rayo de sol se reflejaba en su lecho, formando como una mancha blanca y alegre. Mayor era su contento cuando su esposa apoyaba su mano tan suave sobre su frente ó le sonreía al darle de beber. Mila, observando que las miradas de su marido la seguían con expresión interrogadora, fué á sentarse junto al lecho. De ordinario, una caricia bastaba para tranquilizarle, le calmaba, y á menudo hacía le conciliar el sueño; pero esta vez los ojos siguieron preguntando.

— No hables, dijo Mila, te lo suplico, pues ya te comprenderé sin eso. Sí, has estado muy enfermo; pero ya te hemos salvado, y sólo se necesitan muchas precauciones. Los médicos aseguran que no se trata más que de un accidente pasajero, y que tu pecho no está atacado. Cuando te hayas restablecido, emprenderemos un agradable viaje de recreo; buscaremos algún rincón en un frondoso bosque ó en la montaña, y daremos largos paseos cogidos de la mano como dos niños que vagan á la ventura. No veremos á nadie, absolutamente á nadie, y bien escondidos, seremos felices uno para otro...
Villeroy, que se dejaba arrullar por la voz delicio-

sa de Mila y por sus palabras de amor, apoyó la mejilla sobre la mano de su esposa, y sonriendo quedó adormecido. El pasado huía de su memoria; no recordaba bien... Pero ¿qué le importaba esto? Era amado de su mujer, y no pedía más.

Sin embargo, á medida que Villeroy iba recobrando sus fuerzas, acordábase de los meses sombríos y tristes en que había dudado de Mila. Había huído lleno de cólera al pensar en todo cuanto le separaba de su mujer, del ruido, del lujo y del fausto de aquella vida de actriz. Se marchó como un pobre, con tan poco dinero, que hizo la travesía en segunda clase, lo cual explicaba que su nombre no figurase en la lista de pasajeros. De tal modo odiaba la riqueza, que fué para él una voluptuosidad extraña vivir de nuevo en París como había vivido en su juventud. Su alojamiento le pareció un refugio bendito, donde al fin no llegaría el ruido insolente de las multitudes aclamando á Mila del Paso, y donde el sonido de las monedas de oro no haría vibrar sus pobres nervios desordenados. Después, la tristeza horrible de la soledad, de la viudez de su pobre corazón, le condujo de nuevo con una especie de violencia hacia el misticismo de su juventud, que había sido muy religiosa. Considerando ahora el mundo como un vacío cruel, comenzó á pensar en otra vida, donde el amor no engaña, donde las lágrimas no corren y donde todo es sencillo, noble y puro. Nevin había dicho la verdad: en aquel momento comenzó á frecuentar las iglesias, permaneciendo horas enteras inmóvil, entregado á sueños llenos de dulzura; y ya no componía más que cánticos religiosos, llamamientos desesperados á la Bondad infinita. Con gran alegría ocupó el puesto de su amigo en el órgano de la Magdalena; y cuando los majestuosos sonidos llenaban la vasta iglesia, triunfantes ó angustiosamente tristes, sucediéndose unos á otros como las olas del Océano, Villeroy se sentía transportado fuera de sí, tan lejos de los mezquinos pesares humanos, que le parecía desvanecerse en un abismo de humildad casi feliz y morir en la tierra entregado á una especie de éxtasis.

Después, cuando habían pasado sus accesos de piedad, en los que entraban más sentimientos humanos de los que él sospechaba, volvía á caer pesadamente en su negra tristeza. No comprendía cómo había roto así resueltamente el lazo que le unía con Mila, puesto que tan sólo podía censurarla por ser artista y hermosa. Ambas cosas era cuando se casó con ella, y por lo tanto, ¿de qué se quejaba? Su esposa no le había escrito, porque esperaba una indicación suya para hacerlo; y sin embargo, cuando al fin se decidió á tomar la iniciativa, no halló más que palabras cruelmente frías para decir que había estado enfermo; pero Mila no contestó á la carta. Los diarios, que Villeroy no leía más que para buscar el nombre de su esposa, hablaban de vez en cuando de su excursión triunfal por los Estados Unidos; pero como el público parisiense, en suma, tan sólo se interesa por los artistas consagrados á su servicio, las noticias fueron cada vez más raras.

Sus largas conferencias con el Sr. Macready fueron para el músico un consuelo, pues en el americano se despertó todo su antiguo afecto, porque si él había sufrido, también Villeroy sufría. Hablaban sobre música y artes, casi nunca de Mila; y hubiérase podido creer que los dos olvidaban á la joven ausente, siendo así que el recuerdo de ella á los dos les acosaba.

El Sr. Macready indujo una vez á su amigo á ir con él á casa de la señora Milner. La princesa Pignacci recibió al músico con su bondad grave, y muy pronto entablaron conversación sin cuidarse del rumor de las voces y de las idas y venidas de los visitantes. La princesa le habló desde luego de su esposa, con mucha dulzura y muy discretamente; pero al principio apenas contestó Villeroy, limitándose á unas pocas palabras triviales. La princesa le miró con sus ojos tan bondadosos y tan tristes.

— Dispense usted, dijo, creí que se dirigía usted á mí como amiga, y como tal podría hablarle también; pero ya que no es así, me excuso. Cambiemos de conversación.

— ¡Ah, no, no; yo soy quien pide perdón! ¡Si usted supiera cuánto bien me hace! Sí, hable usted de Mila, y dígame que he procedido como un loco.

— Ignoro de parte de quién está la locura; tan sólo sé que es una lástima dejar escapar así una felicidad como la de usted. Estoy bien segura de una cosa, y es que Mila le ama y no quiere á nadie más.

Después de esto, Villeroy vió á menudo á la princesa y siempre se tranquilizaba en su presencia.

Más tarde llegó un día en que, sin más precedente que un constipado, al parecer insignificante, el músico comenzó á escupir sangre.

Cuando recobró las fuerzas, renació en él la inquietud. Durante su convalecencia, que fué muy larga, Villeroy hablaba poco; no hacía jamás ninguna alu-

sión al pasado; y había consentido al fin, no sin vacilar, en que se le trasladase á la habitación que antes ocupaba con su esposa, pues su alojamiento era bastante incómodo y muy reducido. Al ver aquel gracioso interior, que conservaba su carácter femenino, su malestar de antes se reprodujo; pero después se calmó. La persona cuya presencia toleraba mejor era, cosa rara, la señora Fletcher. El carácter brusco, aunque bondadoso, de aquella americana tan franca le hacía sonreír, y ahora que estaba débil y languideciente hallaba en la tía Deborah algo de maternal. La Providencia la había destinado en el mundo para sostener con su fuerza y su santa virtud á los débiles y á los enfermos. Poco á poco llegó á conversar con ella sobre América, sobre lo que Mila había hecho allí, sobre sus triunfos y sobre lo mucho que la festejaba todo el mundo, las mujeres más aún que los hombres. La tía Deborah, con muy buen tacto, aceptaba al parecer la versión que circuló en América: siéndole imposible al esposo de Mila trabajar en medio de los continuos cambios de residencia de la diva, había vuelto á Francia, adonde le llamaban además otros compromisos. De la escena violenta que precedió á la partida y de su largo silencio después de ésta, la señora Fletcher no dijo una palabra; y así Villeroy pudo creer que todo, en efecto, había pasado muy sencillamente, tanto que á veces se persuadía casi de que así había realmente sido, aunque después, una palabra de su esposa, una mirada, un silencio algo prolongado, advertíanle de que no era así. Si se había echado un puente ligero y frágil sobre el abismo, no por eso dejaba de existir éste.

Sin embargo, Mila le cuidaba con infinita dulzura; y en medio del pesar profundo y de las angustias que había sufrido por el telegrama del Sr. Macready, todo lo olvidó, excepto que el esposo á quien amaba apasionadamente estaba en peligro. Mientras estuvo enfermo, no pensó ni un instante en sus rencores. En aquel momento, por lo menos, despreciaba las mal intencionadas insinuaciones de Nevin; y más tarde se enojó contra el Sr. Macready, á quien había abierto su corazón, sospechando que el americano había guardado para sí las confidencias que ella le hizo para otra persona. También le hacía sufrir algo el trato cordial y casi familiar que existía entre la princesa y su marido: seguramente, tan sólo se profesaban una simple amistad; pero ésta desagradaba é irritaba á Mila. Cuando estaban los tres reunidos, permanecía con frecuencia silenciosa, dejándoles hablar de cosas que habían pasado durante su ausencia y que ella ignoraba, otras veces iba á sentarse al piano y comenzaba á cantar á media voz, con mucha suavidad, mientras ellos seguían hablando.

Cuando la estación estuvo bastante adelantada, los Villeroy salieron de París, dirigiéndose primeramente á Eaux-Bonnes; después detuviéronse en los Pirineos, donde pasearon á menudo, evitando los sitios muy frecuentados: buscaban en la soledad de aquellas montañas el trato íntimo y cariñoso de los primeros tiempos de su matrimonio, pero no le encontraron, aunque amándose tal vez más que nunca. La confianza absoluta había desaparecido; y rehuían hablar de lo que en el fondo les preocupaba siempre; de modo que el mismo problema que no habían podido resolver se reproduciría inevitablemente. Si Mila reaparecía en escena — cosa que á pesar de las dificultades que seguramente se suscitarían era en su concepto indispensable, — su esposo padecería, y era natural que este sufrimiento se tradujera por nuevos y crueles celos.

Los diarios habían anunciado la vuelta de Mila al teatro de la Opera, donde le esperaba una brillante contrata, según la voz pública; pero hasta entonces no había firmado aún ningún compromiso.

Villeroy no dijo nada al leer aquella noticia, ni su esposa tampoco; pero un asunto evitado así por convenio tácito, cuando este asunto se relaciona con cuestiones de importancia vital, produce al fin una sorda irritación. Un punto sensible sometido á un roce continuo forma muy pronto una llaga viva.

Desde que había estado enfermo Villeroy escribía poca música, y al parecer no tenía grandes deseos de que su esposa se ocupase de ella, tanto que durante los meses de calor, pasados en las montañas, no habían tenido piano á su disposición. Al salir de una misa que oyeron juntos en una iglesia del pueblo, Francisco, no obstante, compuso un *Ave Maria* de un sentimiento cándido y rústico, verdaderamente delicioso; Mila se la cantó en un sitio retirado que agradaba mucho á los dos, á orillas de un torrente tumultuoso y en una soledad absoluta. Allí pasaron dos horas felices, enamorados otra vez uno de otro por la pasión del arte, comprendiéndose, completándose y admirándose, y Villeroy volvió á ser por el pronto el músico prendado de su intérprete.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La guerra de Cuba. - Continuando la serie de notas gráficas de la campaña de Cuba, publicamos hoy la vista de un puesto avanzado de San José de las Lajas, un grupo de voluntarios de Santa María del Rosario con el retrato de su capitán Sr. Uñón, y el retrato de la señorita Elsa Tobin.

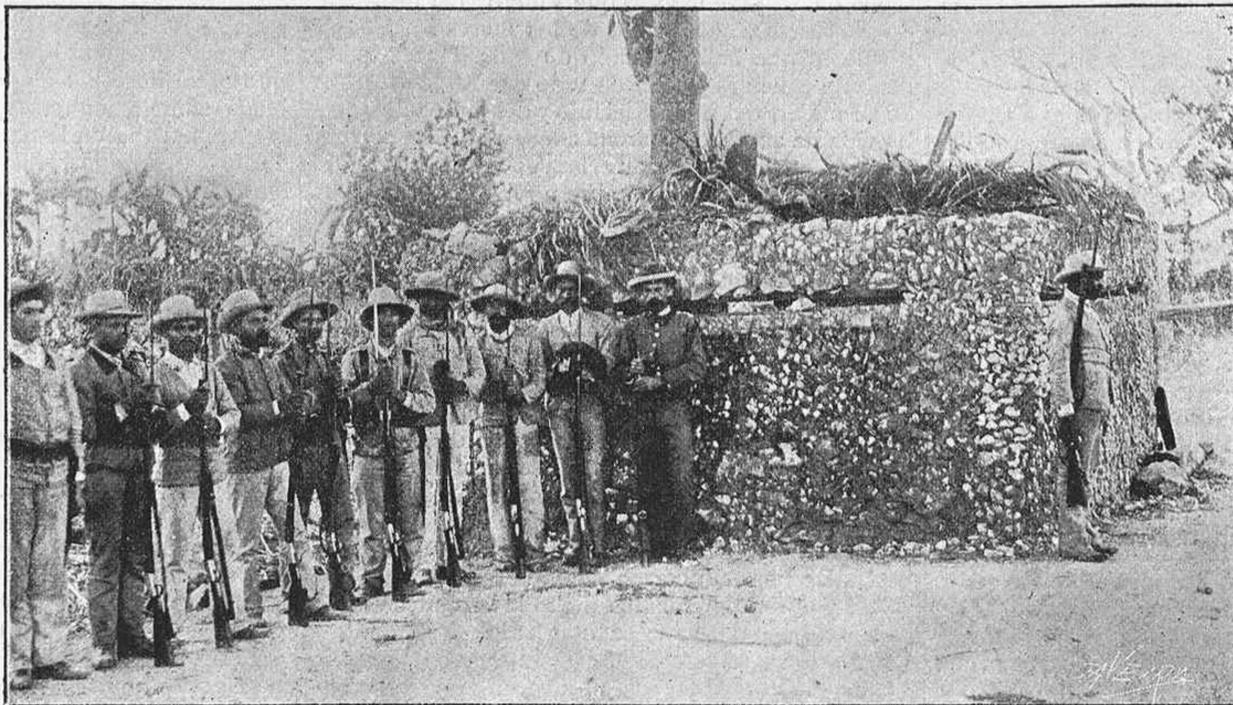
El poblado de San José de las Lajas y sus inmediaciones han sido teatro de multitud de combates en los que nuestros soldados han demostrado como siempre un valor y un entusiasmo patriótico superiores á toda ponderación. Hállase el poblado en la provincia de la Habana, á 16 kilómetros de Jaruco y cerca del ferrocarril de Sagua la Grande á Cienfuegos. La barraca de defensa que se ve en nuestro grabado da idea de la deficiencia de los medios defensivos en los lugares de escasa importancia, deficiencia que, sin embargo, no es óbice para que los que los guarnecen se batan con el mismo denuedo y sangre fría que si estuvieran parapetados tras los gruesos muros de inexpugnable fortaleza.

Por cientos se cuentan los casos de estas defensas poco menos que temerarias, y entre ellos citaremos el de la población de Santa María del Rosario, aldea de la provincia de la Habana, situada á 10 kilómetros de Guanabacoa. El día 9 de febrero último fué aquella atacada por la partida del cabecilla Castillo: un pequeño grupo de voluntarios, mandados por el capitán D. José Uñón y Chacón (los que reproduce nuestro grabado), defendióse con sin igual bizarría, y después de cuatro horas de encarnizado combate lograron poner en fuga á los rebeldes.

Otra de las notas interesantes es el retrato que reproducimos en la página 255. Entre las personas que más se han distinguido en la Habana por su patriótico entusiasmo con motivo de los continuos desembarques de tropas en aquella ciudad,

merece especial mención la señorita Elsa Tobin, de origen inglés, puesto que nació en Leeds (condado de Yorkshire): cada vez que han desembarcado nuestros soldados en la capital de la isla de Cuba, la señorita Tobin se ha presentado en público vistiendo el traje militar con que aparece retratada, y á los gri-

en todas las edades, perpetuado en sucesivas generaciones, unas veces por la superstición, otras por la tradición religiosa, las más por ese sentimiento connatural al hombre que le impulsa á amar á los que fueron con mayor intensidad, que cuando á su lado vivían. El cristianismo, más que ninguna otra religión, ha engrandecido el trance de la muerte, acudiendo en auxilio del moribundo con dulces consuelos que le anticipan en los últimos instantes de su vida los inefables goces que ha de sentir el alma cuando vuelva al seno de su Creador, y ofreciéndole la imagen del Crucificado, que vino al mundo á padecer y á morir para abrir á la humanidad pecadora las puertas de la eterna bienaventuranza. Una cruz sobre una tumba es el símbolo más elocuente de la existencia perdurable y de la bondad divina; el Redentor guardando un sepulcro les dice á los vivos que con Él están los que en Él murieron. El interesante cuadro del celebrado pintor alemán E. Limmer, inspirado sin duda en estas consideraciones, que su contemplación nos sugiere, es de los que hablan tanto á nuestros sentidos cuanto á nuestro corazón y nos mueven á elevar nuestro pensamiento á esa otra vida de justos castigos y merecidas recompensas, hacia la cual caminamos en la pasajera peregrinación por este mundo.

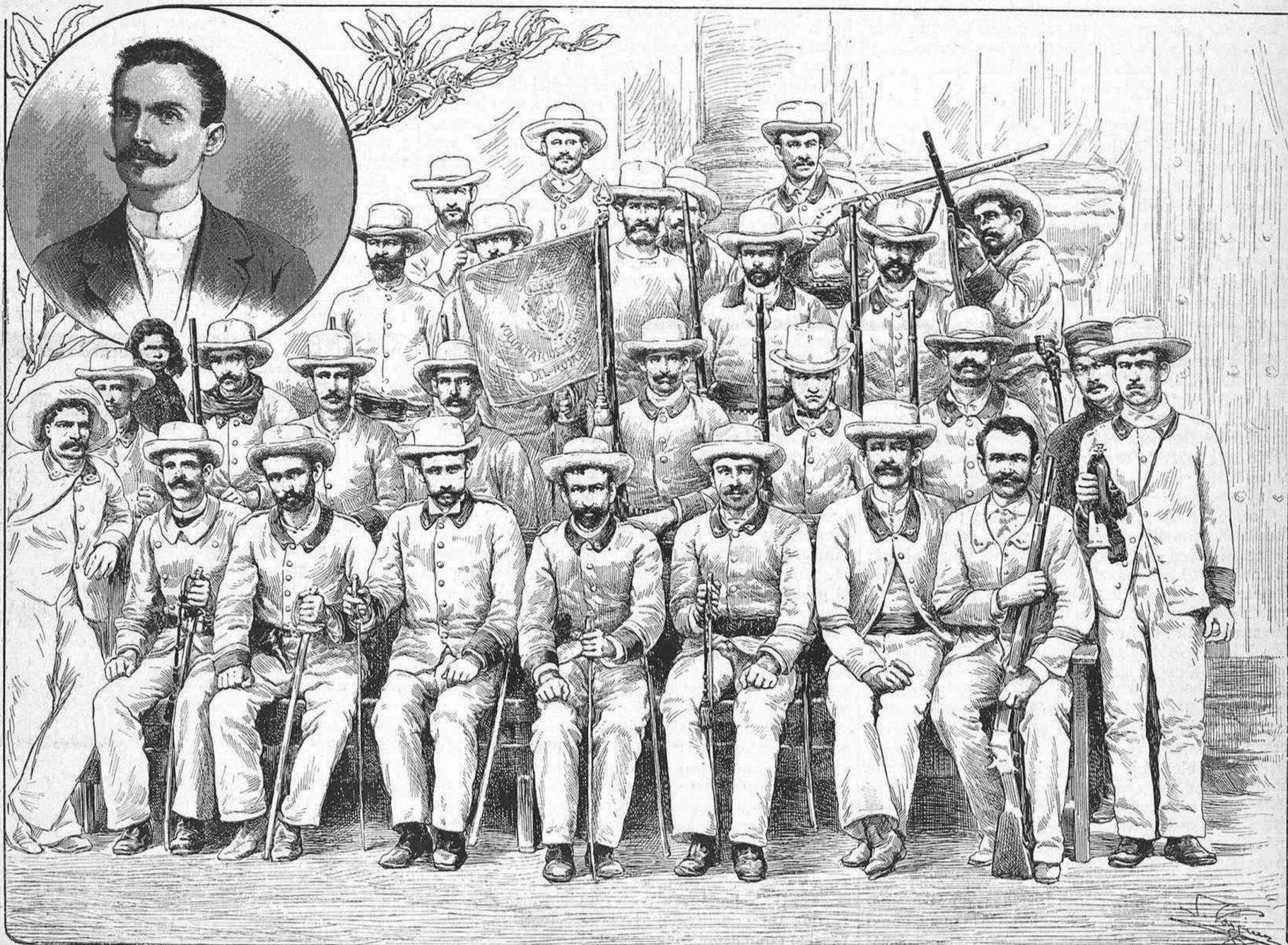


LA GUERRA DE CUBA. - UN PUESTO AVANZADO EN SAN JOSÉ DE LAS LAJAS

tos de «¡Viva España! ¡Viva el ejército español!» ha repartido pródigamente dinero á los soldados y ramos de flores á los jefes y oficiales expedicionarios. Por esta causa se ha hecho popularísima en la Habana y se ha captado el cariño de todos los que simpatizan con la causa española. El retrato que con verdadera complacencia publicamos nos ha sido remitido por nuestros corresponsales Sres. Otero y Colominas.

Visita piadosa, cuadro de E. Limmer. - El culto á los muertos es poco menos que una idea universal: con excepciones contadísimas lo encontramos en todos los pueblos y

El Jueves Santo en Toledo, composición y dibujo de Vicente Cutanda. - Nuestra distinguida colaboradora Doña Emilia Pardo Bazán hace referencia en este mismo número á las ceremonias que durante la Semana Santa se verifican en la catedral de Toledo. ¿Qué podemos añadir por nuestra parte á lo que dice la insigne escritora? Cuanto consignáramos para dar idea de la grandiosa solemnidad con que en aquel hermoso templo se conmemora la Pasión y Muerte de Jesús sería una redundancia inútil y hasta cierto punto impertinente. La bellísima composición de Cutanda, que puede servir de demostración gráfica de las palabras de la se-



LA GUERRA DE CUBA. - DEFENSORES DEL PUEBLO DE SANTA MARÍA DEL ROSARIO, EN EL ATAQUE DEL DÍA 9 DE FEBRERO ÚLTIMO
El capitán D. José Uñón y Chacón y grupo de voluntarios á sus órdenes

ñora Pardo Bazán, tampoco necesita mayores explicaciones, y en cuanto á los elogios que pudiéramos hacer de ella, parecemos ociosos porque sobradamente conocido es el nombre de tan afamado pintor, en cada una de cuyas obras admírase ese sello personal que caracteriza á los artistas de buena caza.

El Domingo de Ramos en Sevilla, composición y dibujo de José García Ramos.—Gran fama tienen las fiestas de Semana Santa que se celebran en Sevilla, y á presenciárselas acuden millares de forasteros de otros puntos de España y no pocos extranjeros: cierto que la mayoría de los que allí van piensan tanto, por lo menos, en la feria y en las fiestas profanas cuanto en las solemnidades de estos días de recogimiento; pero no por ello dejan éstas de constituir uno de los grandes atractivos de la incomparable ciudad andaluza. Nuestro querido colaborador Sr. García Ramos, inspirándose en ellas, ha escogido el Domingo de Ramos para trazar la composición por todos conceptos notable que reproducimos y en la cual acredita una vez más sus excepcionales talentos artísticos, que le han colocado á la altura de nuestros primeros dibujantes.

El famoso pintor Gebhard Fugel.—El autor del magnífico lienzo que reproducimos en las páginas 248 y 249 y al cual hace alusión en su notable artículo el Rdo. P. Dr. Almonacid, nació en 1863 en las cercanías de Ravensburg y educóse en la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart. En 1886 dióse á conocer con su grandioso lienzo *Cristo curando á los enfermos*, que fué unánimemente celebrado: prosiguiendo en el cultivo de la pintura religiosa, ejecutó otros cuadros sobre episodios de la Pasión y Muerte de Jesús, entre ellos *Cristo llevando la cruz á cuestas* y *Sepelio de Cristo*, que le acreditaron de artista estudioso y concienzudo, compositor serio, gran conocedor de los países y tipos orientales y hábil colorista. Sus dos últimas obras de este género han sido *Jesús bendiciendo á los niños* y *La última Cena*, que presentó respectivamente en las exposiciones berlinesas de 1894 y 1895 y que han contribuído no poco á acrecentar su fama, elevando su nombre al alto puesto que hoy ocupa entre los pintores alemanes contemporáneos.

La Tierra Santa. Vista de Nazareth.—Esta ciudad, venerada por todo el mundo cristiano, se halla desde mediados del siglo XIII en poder de los musulmanes, quienes después de 1620 han tolerado la apertura de templos cristianos, gracias á lo cual la población, antes pobre y atrasada, ha ido prosperando y progresando, bien que muy lentamente. La dominación de los infieles no ha podido borrar de Nazareth el carácter de ciudad santa con que aparece á nuestros ojos; y aunque sobre cada una de sus piedras estampase el islamismo su media luna, no lograría hacer de ella una villa mahometana, porque por encima de todos sus esfuerzos siempre se consideraría como el hecho más grande y más glorioso de su historia el haber sido albergue de Nuestro Señor Jesucristo, quien se preparó en ella para la portentosa peregrinación que terminó en el Calvario con la muerte del Hijo de Dios y la redención del linaje humano.



LA SEÑORITA ELSA TOBIN, que se ha distinguido por su entusiasmo patriótico al recibir en la Habana á las tropas expedicionarias (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

MISCELÁNEA

Teatros.—En el teatro Raimund, de Viena, se ha estrenado con aplauso un nuevo drama en un acto de la reina de Rumanía (Carmen Sylva), titulado *Ullranda*.
—En el teatro Real, de Copenhague, se ha estrenado con gran éxito la ópera de Leo Delibes *Lakmé*.
—En el Lyceum, de Londres, se ha puesto en escena con mucho éxito la hermosa tragedia francesa de Francisco Coppée, traducida al inglés por John Davidson, *Pour la couronne*.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La bicicleta*, bonito juguete en un acto de D. Miguel Echegaray; en

la Zarzuela, la refundición en un acto del popular sainete de Javier de Burgos *El mundo comedia es ó el baile de Luis Alonso*, para el que ha escrito algunos agradables números de música el maestro Jiménez, y *Tiple ligero*, juguete lírico en un acto, letra del conocido periodista D. Federico Urrecha y música del maestro Rubio; y en Romea *La casa de las comadres*, gracioso pasillo de vecindad de los Sres. García Alvarez y Paso con música del maestro Valverde y Estellés. En la Comedia han celebrado sus beneficios los Sres. Mario y Thuiller: el primero puso en escena el drama de Campoamor hacia muchos años no representado *Cuerdos y locos*, y el segundo escogió el de Echegaray *De mala raza*, que representó de una manera admirable. En el Español, para el beneficio del Sr. Díaz de Mendoza, se ha representado el precioso drama de Lope de Vega *Sancho Ortiz de las Roelas ó la estrella de Sevilla*, y para el del Sr. García Ortega *La Dolores*, obras que han proporcionado sendas ovaciones á los beneficiados y á la señora Guerrero.

Barcelona.—En el teatro Lírico la Sociedad Catalana de Concierdos ha dado una serie de interesantes audiciones de las principales piezas de la maravillosa tetralogía *El anillo del Niebelungo* de Wágner, con el concurso de los célebres cantantes señoras Blanc y Marcy y los señores Cazeneuve y Vieuille y bajo la dirección del inteligente maestro Sr. Nicolau. El éxito ha sido completo; las preciosas composiciones del gran maestro alemán admirablemente ejecutadas han producido verdadero entusiasmo, y los aficionados á la buena música no olvidarán esos conciertos con tanto acierto organizados que han sido un verdadero acontecimiento en nuestra ciudad. En Romea se ha estrenado con muy buen éxito una comedia en tres actos, *La bailarina*, arreglo del francés, hecho por los señores Ayné y Blaha.

Necrología.—Han fallecido:
Cristóbal Negri, ilustre geógrafo italiano.
Juan Augusto Bavre, escultor francés cuyo busto de Napoleón III fué aceptado como modelo oficial para las monedas acuñadas durante el reinado de aquel emperador.
Julio Buschop, compositor belga.
Mariano Medina Contreras, arquitecto y director de la Alhambra, en donde llevó á cabo importantes restauraciones.
Darja Michailowna Leonora, famosa cantatriz rusa que durante muchos años ha sido el principal sostén del repertorio de la ópera nacional en aquel país.
David Simonson, retratista y pintor de género alemán.
Nicolás Strachow, ilustre pensador y crítico ruso.
Alfredo Odin, profesor de Filología francesa en la Escuela Superior de Sofía y autor de la obra monumental *Génesis de los grandes hombres, literatos franceses modernos*.
J. A. Friis, profesor de los idiomas laponio y kwenio en la Universidad de Cristianía, autor de un diccionario laponio y gran conocedor de las tribus nómadas del Norte de Escandinavia y de Finlandia.
Melchor de Strassen, notable escultor alemán, profesor de la Real Academia de Leipzig y director del Museo de Industrias Artísticas de aquella ciudad.

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH
AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
"PARIS, 31, Rue de Seine."

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas
MONTANER Y SIMON, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LA TIERRA SANTA. - VISTA DE NAZARETH (tomada de una fotografía)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
ASMA
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, París

UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la **Carne**, el **Hierro** y la **Quina** constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la **Clorosis**, la **Anémia**, las **Menstruaciones dolorosas**, el **Empobrecimiento** y la **Alteracion de la Sangre**, el **Raquitismo**, las **Afecciones escrofulosas** y **escorbúticas**, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor**, la **Coloracion** y la **Energía vital**.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 402, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

PUREZA DEL CUTIS en París
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 cura ó mezclada con agua, disipa **PECAS**, **LENTEJAS**, **TEZ ASOLEADA**, **SARPULLIDOS**, **TEZ BARROSA**, **ARRUGAS PRECOSES**, **EFLORESCENCIAS**, **ROJECES**.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie} 81 St-Denis, 16

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**, **Bronquitis, Asma, etc.**
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las **Gragéas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas**.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis**, **gastraljias**, **dolores** y **retortijones de estómago**, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia**, **histéria**, **migraña**, **baile de S^o-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y **tos** de los niños durante la **denticion**; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas**.
 Fábrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN